

BOLSILIBROS

Oeste



OESTE
LEGENDARIO

Lou Carrigan

ESE HOMBRE CON REVOLVER



Lectulandia

Y un día cualquiera, Rom Dukey regresó a Ropesville, Texas. Lo hizo tranquilamente, con indiferencia, como si regresase de un viaje de un par de semanas y todo tuviese que continuar igual allí, en aquel pequeño y tranquilo pueblo rodeado de sembrados, de espantapájaros, de cercas de alambre de púas.

Lectulandia

Lou Carrigan

Ese hombre con revolver

Oeste Legendario - 1

ePub r1.0

Titivillus 06.08.2019

Título original: *Ese hombre con revolver*
Lou Carrigan, 1987

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

ESE HOMBRE CON REVOLVER

LOU CARRIGAN

CAPÍTULO I

Y un día cualquiera, Rom Dukey regresó a Ropesville, Texas.

Lo hizo tranquilamente, con indiferencia, como si regresase de un viaje de un par de semanas y todo tuviese que continuar igual allí, en aquel pequeño y tranquilo pueblo rodeado de sembrados, de espantapájaros, de cercas de alambre de púas.

A nadie había avisado, ni esperaba que nadie concediese demasiada importancia a su regreso. Entró por la punta norte de la calle Principal, poco después del mediodía, sin ruidos, sin alboroto.

Y, sin embargo, a los pocos minutos todo Ropesville sabía ya que Rom Dukey había regresado.

Muchos le reconocieron apenas verlo: su rostro seco, bronceado, sus flacos hombros huesudos, su bigote negro muy descuidado, su revólver y su caballo. Y, sobre todo, con aquella inteligente mirada de siempre en sus grises ojos bordeados de arrugas producidas por el mucho achicar, encoger los párpados para proteger los ojos del sol.

No parecía ni más viejo ni más joven. Era, simplemente, el mismo hombre, con el mismo aspecto seco y fuerte, tranquilo, con toda la energía de sus veintisiete años concentrada en los ojos y en el mentón. Ni más joven ni más viejo, ni peor ni mejor: simplemente, el Rom Dukey de siempre, con su revólver. En Ropesville nadie podía recordar a Rom Dukey sin recordar también su revólver. Nadie podía dejar de asociar a Rom con un revólver. Así había sido siempre, desde que, apenas un muchacho, Dukey se compró un revólver y lo estuvo paseando por Ropesville hasta que, un día, aburrido, se marchó, del mismo modo que llegaba: sin hacer ruido, sin alharacas. Se marchó porque le echó su propio padre, harto de él, de su indolencia... Y de su revólver.

—Rom —le dijo un día—, quiero que te des cuenta de que estamos viviendo en un lugar pacífico. Aquí, en este lugar, un hombre no tiene necesidad de revólver. Sólo es necesario trabajar. La tierra es buena y Dios

quiere que las cosechas también lo sean. Pero hay que trabajar esa buena tierra. ¿Comprendes?

—Sí, padre.

—Entonces, deja ya ese revólver y trabaja. Tienes veinticuatro años, hace tiempo que eres un hombre. Demuéstralo. Trabaja.

—¿En la tierra?

—En la tierra, Rom. No hay nada mejor...

—Padre, el ganado es mejor. Esta tierra no es tan buena como vosotros os esforzáis en creer. Es dura, difícil. Compremos ganado y en poco tiempo seremos ricos todos si aprovechamos esos pastos que estamos destruyendo con nuestros arados. Un hombre no tiene por qué matarse trabajando, es mucho más inteligente cuando aprovecha adecuadamente el terreno. El ganado...

Su padre le había escuchado en silencio, rojo el rostro por la ira. Pero llegó aquel momento en que no pudo resistir más las palabras de su hijo.

—Rom —gruñó secamente—, sólo se trata de tu elección.

—¿Cuál elección?

—Ésta: o trabajas o te vas. Te vas de aquí, de esta casa. No quiero verte más por ahí dando vueltas con ese revólver. Parece como si fueses buscando pelea... Elige: o la tierra o nada. Si te quedas, trabaja. Si no quieres trabajar la tierra, márchate.

Rom ni siquiera había contestado. Se limitó a coger su sombrero, tocarse el revólver y salir de la casa. Poco después, su padre y su madre le veían alejarse a caballo.

La madre había dicho:

—Has..., has sido demasiado duro con él...

—Déjalo. Él volverá.

Tuvo razón. Sólo que Rom Dukey tardó mucho tiempo en volver.

Tanto tiempo que, a su regreso, todo o casi todo había cambiado, por lo menos en lo que a su vida y situación se refería. Ya no tenía casa, hogar. Ni tenía padres.

Y así, cuando desmontó delante del primer saloon que encontró en Ropesville, todos aquellos que le estaban mirando no sintieron gran cosa por su regreso. ¿A quién demonios le importaba que Rom Dukey regresase o no a Ropesville? Para la mayoría de los que recordaban, Rom no era ya nadie ni nada.

Lo más que podían sentir era desagrado por su revólver.

Rom entró en el saloon y pidió cerveza. No había muchas caras conocidas, quizá porque el saloon estaba casi vacío a aquella hora. Y de las pocas caras conocidas, sólo un par de ellas esbozaron una desganaada mueca de reconocimiento cuando Rom las miró, mientras caminaba hacia una mesa con la jarra de cerveza en la mano izquierda.

Se sentó y comenzó a beber despacio, sin mirar ya a nadie. Notaba a su alrededor la soledad terrible de quien no tiene amigos que le recuerden con afecto.

Estiró las piernas bajo la mesa y suspiró con una pizca de desaliento. Afuera hacía un sol de cien mil diablos, y todo parecía igual que años atrás, el mismo silencio, la misma calma, la misma vida monótona.

Cuando las batientes se movieron, empujadas por un hombre, Rom miró allí casi por obligación. Reconoció enseguida al recién llegado, aunque éste sí había cambiado un poco con el tiempo. Se veía algo más viejo y cansado, más blando y lento.

El hombre se acercó a la mesa, se detuvo ante Rom, y dijo:

—Hola, Rom.

—Hola, Browser... ¿Qué tal le va?

—Como siempre —el hombre suspiró tristemente, señalando con un pulgar su placa de *sheriff*—. Ya ves que sigo siendo el mismo idiota que dejaste al marchar.

Rom Dukey sonrió un poco.

—¿Quiere beber algo, Browser?

—Hace un calor asqueroso; tomaré una cerveza también. Gracias.

El *sheriff* John Browser se sentó, haciendo una seña al camarero. Hasta que éste se hubo marchado después de dejar la cerveza en la mesa, no volvió a hablar.

—Sabes lo de tu madre, supongo, Rom.

—Lo sé.

—¿Has venido por eso?

—En parte.

—¿En parte?

—Quiero decir que no creo que mi madre se consuele demasiado por el hecho de que yo visite su tumba.

—Claro... Tu padre está enterrado junto a ella. Él murió antes.

—Sí, ya sé.

—¿Por qué no viniste cuando murió tu padre?

—No me enteré.

—¿Le guardas rencor?

—¿A quién? ¿A mi padre? —se asombró Dukey.

—Sí.

—No diga tonterías. Él era más listo que yo. Jamás se me ocurrió guardarle rencor. Al contrario. Cuando me echó de casa, yo no era un niño... Sólo hace poco más de dos años de eso. Elegí libremente. Si no vine fue porque no me enteré, simplemente. Pero cuando supe lo de mi madre me enteré a la vez de que padre la había precedido.

—Mala suerte, Rom... Rom Dukey inclinó la cabeza. En aquellos momentos él estaba pensando que su elección quizá no había sido la acertada.

—Sí..., mala suerte. Si hubiese sospechado esto, jamás me habría marchado de aquí.

—Lo supongo: eres un buen muchacho, Rom.

—¿Oh, sí? ¿Quién se lo dijo?

—Es una opinión personal.

—¿La considera acertada?

—De momento, me aferraré a ella. Esto...

—Diga.

—Bueno... Tu nombre tiene cierta importancia ahora, Rom.

—No sé si le entiendo, Browser.

—Se dice que..., que tiras muy bien.

—¿Quién lo dice? —sonrió Rom.

—Se dice... Hasta aquí han llegado noticias.

—Asombroso. ¿En Ropesville saben algo más que lo que ocurre en una milla a la redonda?

—Éste es un pueblo tranquilo, Rom. Nadie se mete con nadie. Hay muy pocos hombres que vayan armados. La mayoría sólo tienen una escopeta para cazar o disparar contra los coyotes, pumas y bichos. Me temo que vas a aburrirte aquí.

—Yo también lo temo.

—¿Piensas quedarte?

—Dígame si hay algún inconveniente.

—Sabes perfectamente que no puede haberlo.

—Muy agradecido.

El representante de la ley estuvo silencioso unos segundos, con la mirada fija en la jarra de cerveza.

—Rom —dijo de pronto—, ¿por qué has venido?

—¿Cómo dice?

—Antes has asegurado que sólo has venido en parte por lo de tu madre. La otra parte..., ¿con qué está relacionada?

—Puro sentimentalismo, Browser. Quise volver a ver Ropesville y su gente. Eso es todo. Quizá me quede, quizá no, aún no lo he decidido. Voy a decirle algo que espero no irá repitiendo por ahí.

—Desde luego que no. ¿Y es...?

—Cuando supe lo de mi madre me sentí un poco canalla. Al marchar de aquí tenía ya edad suficiente para saber lo que estaba bien hecho y lo que estaba mal hecho... Quizá hice mal. Es posible, incluso, que si yo no hubiese marchado mis padres estuviesen vivos ahora.

—De eso, nada. Rom. Me parece muy bien que tengas remordimientos por haberlos dejado solos, y eso prueba que mi opinión personal sobre ti es bastante acertada. Pero no te culpes de nada. Las cosas sucedieron porque tenían que suceder: tu presencia aquí no habría evitado ni cambiado nada.

Rom Dukey se pasó la lengua por los labios.

—Me gusta oírle, Browser, le agradezco sus palabras.

—Oh, vamos, no tiene tanta importancia...

—Sólo quiero decirle que si alguna vez está un poco apurado en algo, me lo avisé. Es posible que yo pudiese ayudarle.

—No sólo podrías ayudarme, sino hacerlo mejor que yo. Es confortante saber que tu revólver estará a mi lado en un momento de apuro, Rom, porque todos saben en Ropesville que es un revólver rápido y certero. Pero —John Browser sonrió con una pizquita de humor—, tú ya sabes que nada ocurre nunca aquí.

—Pero nunca se sabe... ¿No cree?

—Nunca se sabe, es cierto. Tendré en cuenta tu ofrecimiento por si... ocurriese algo notable. Aunque ya sabes que eso es poco menos que imposible.

Rom pareció a punto de decir algo, pero cerró secamente la boca y encogió un hombro.

—Tengo que marcharme ahora, Browser —dejó una moneda sobre la mesa—. Todavía puede tomarse un par de cervezas más.

El *sheriff* miró la moneda, y luego de nuevo a Rom.

—¿Sabes algo especial, Rom? ¿Algo que te ha hecho venir aquí?

—Adiós.

Se apartó de la mesa.

—¿Vas al cementerio?

—Sí.

—¿Quieres que te acompañe?

—Prefiero ir solo.

—Claro... Bien, hasta luego.

—Hasta la vista.

Salió del saloon, destrabó a su caballo del atamulas y montó desganadamente. No necesitaba ni compañía ni indicaciones para saber dónde estaba el cementerio de Ropesville.

Justo cuando pasaba por el cruce de la calle Principal con la lateral que formaba esquina, vio salir a una mujer por una pequeña puerta que daba a la calle lateral. Era tan hermosa que Rom casi obligó a detenerse a su caballo para contemplarla mejor. Pero sólo retuvo su marcha, de modo que pudo mirar a la mujer sin mostrar descaro.

Ella empujó la pequeña valla blanca que rodeaba la casita de rojo tejado y bonito jardín, para cerrarlo. Luego subió a un calesín que estaba a la sombra de un gigantesco olmo, se alisó un poco los largos guantes y tomó las riendas, dejándolas caer suavemente sobre las ancas del caballo.

A todo esto, Rom Dukey había ya pasado completamente la calle lateral y no podía verla sin demostrar su interés. Pero, poco después, ella le adelantaba en la calle Principal, hacia la salida del pueblo. Entonces llevaba ya abierta una bonita sombrilla que la protegía del sol. Eran las únicas personas que se veían en la calzada en aquel momento de calor quemante, casi las dos de la tarde.

Ella era, en verdad, bonita. Sus cabellos eran negros, y también sus rasgados ojos brillantes. El cuello era como el talle de una flor que sobresalía de entre las puntillas que cerraban el vestido en su tomo. La boca era roja, alargada, de labios llenos y frescos, y la barbilla redonda y con un hoyuelo en el centro. El cuerpo, esbelto y firme, no tenía ni un solo detalle en desacuerdo con el lindo rostro.

La mujer parecía seguir el mismo camino que él, porque Rom la tuvo ante sí no menos de cinco minutos, ya fuera del pueblo, hasta que ella pasó por delante del cementerio, dejando definitivamente atrás al jinete.

Rom la estuvo mirando unos segundos, hasta volver la mirada hacia el cementerio, ante cuya verja estaba. Se desentendió entonces completamente de la mujer y desmontó.

Se quitó el sombrero y entró en el cementerio.

No soplaba ni siquiera, el airecillo del campo abierto. Los cipreses se veían inmóviles, sombríos, dejando caer sus sombras sobre la tumba. No

había nadie allí... vivo, y el silencio era total, absoluto; tanto, que Rom Dukey sintió una profunda apatía, una tristeza suave que parecía debilitarlo.

Vio las tumbas de sus padres, una junto a otra, dos minutos después. Unas tumbas corrientes, con su correspondiente cruz a cada cabecera, marcada en la lápida blanca, sobre la inscripción rutinaria de fechas y nombre.

Las fuertes manos de Rom Dukey arrugaron el viejo sombrero que mantenía ante sus muslos.

—Bueno... —musitó—, ya he vuelto, padre, madre... Vosotros teníais razón: cada hombre tiene su lugar en la tierra, y el mío está aquí, en las tierras de Ropesville. Creo que me porté mal, pero casi prefiero no haberos visto morir, recordaros siempre vivos... Voy a quedarme, padre. Y si Dios es bueno con vosotros, os permitirá ver a vuestro hijo trabajando la tierra, para siempre un agricultor. Amén.

Todavía estuvo allí casi diez minutos más, en pie, inmóvil, recordando miles de cosas, de pequeños sucesos de su vida antes de abandonar Ropesville..., antes de cometer su equivocación.

Luego salió del cementerio, se puso el sombrero, montó y cabalgó hacia la granja de los Rubín.

Estaba seguro de que allí todavía tenía amigos.

CAPÍTULO II

Burton Rubín estaba tumbado en un viejo sillón de mimbre, en el porche de su granja, cuando vio llegar al jinete. Y sonrió complacido cuando le vio bordear hábilmente las tierras recién sembradas, lo cual demostraba que el hombre tenía conocimientos sobre aquello. A veces, algunos hombres habían llegado allá en busca de cualquier trabajo, y la mayoría de ellos habían metido el caballo por entre los sembrados todavía sin fruto, creyendo que el terreno era normal. Eso era todo lo que necesitaba Burton Rubin para decidir si un hombre podía o no podía trabajar allí, en su granja.

Pero casi enseguida, todavía con la sonrisa en los labios, reconoció al jinete.

—Rom Dukey —susurró.

La sonrisa desapareció; el gesto se tornó más bien huraño y algo cómo inquietud apareció en los ojos de Rubin.

Cuando Rom Dukey llegó ante el porche, Burton Rubin continuaba fumando en su pipa, ya sin expresión alguna.

—Buenas tardes, señor Rubin. ¿Cómo está usted?

Burton no se movió del sillón.

—Hola, Rom. ¿Qué tal?

—Bien, gracias.

—También los Rubin estamos bien... ¿No quieres desmontar?

Rom desmontó y pasó al porche, Burton le contempló desde su sillón. El Rom de siempre, alto, huesudo, fuerte como una pareja de mulas, con su exasperante mirada de clara inteligencia en los grises ojos.

—Siéntate, hombre. ¿Qué te trae por Ropesville, este miserable pueblo de agricultores?

Rom se sentó en una silla que había estado arrimada a la pared de la casa.

—He venido a quedarme, señor Rubin.

—Oh... ¿Algún empleo especial, Rom?

—No señor; voy a trabajar la tierra.

La pipa casi cayó de entre los dientes de Burton Rubin. La tomó en una mano y se quedó mirando a Rom con la boca abierta.

—Vaya... ¿Lo dices en serio?

Rom sonrió levemente ante el asombro de Rubin. Un hombretón de cabellos rojos y ojos verdes, genio agrio, pero honrado como nadie.

—Completamente en serio, señor Rubin.

—Bueno... Si es algo que has decidido por ti mismo, me parece bien, Rom. Pero tus tierras...

La puerta de la casa se abrió, y una muchacha pelirroja, de bonitos ojos verdes, cabellos rojos, como de veinte años de edad, apareció en el porche impetuosamente.

—Papá, ¿con quién...? ¡Rom!

Rom Dukey se había puesto velozmente en pie, quitándose el sombrero de un manotazo.

—Hola, Susan. ¿Cómo..., cómo estás?

Susan Rubin parecía no creer lo que estaba viendo.

—Bi... bien... Bien... ¿Y tú?

—Oh, perfectamente, gracias. Estás... muy bonita, Susan.

Ella se sonrojó un poco. Rom Dukey tuvo la desagradable impresión de que el sonrojo se había producido en la muchacha por algo que la molestaba, no por turbación.

—Gracias, Rom. Muy..., muy amable...

Burton Rubín, que estaba mirando con tensa expectación de uno a otra, se colocó la pipa en los labios y dijo:

—Rom ha vuelto para quedarse, Susan. Según parece, ha llegado a la conclusión de que no hay nada mejor que ser agricultor...

—No es eso —aclaró Rom—. Es que creo que debo hacerlo. Del mismo modo que creo que no debí marcharme.

—Un poco tarde, ¿no?

—Un poco tarde, sí, señor Rubín... Pero no completamente tarde, Espero.

—Antes te lo iba a decir: tus tierras ya no son tuyas, Rom. No tienes nada. Tu madre las vendió poco después de morir tu padre y se fue a vivir al pueblo. ¿Cómo vas a empezar de nuevo sin tierras?

—Ya he pensado en eso. No tengo prisa ya. Puedo trabajar en cualquier lugar, y con el tiempo volveré a tener tierras propias. Trabajaré duro, señor Rubin. Y usted sabe que yo sé trabajar bien. ¿No es cierto?

—Sé que cuando querías trabajabas bien, Rom.

—Ahora querré hacerlo...

—Ya. ¿Y has venido a pedirme trabajo a mí?

Rom bajó la mirada hacia su sombrero.

—Bueno... Creo que no podría recurrir a nadie mejor. Los Rubin y los Dukey siempre fuimos grandes amigos.

Burton Rubin miró atentamente, durante unos segundos, el revólver de Rom, colocado muy bajo sobre el muslo derecho. Un revólver bueno, limpio, brillante.

—No voy a darte trabajo, Rom.

Rom Dukey pareció recibir un latigazo.

—¿No? —musitó—. ¿Por qué?

—No me interesas.

—No le intereso... ¿Tiene algo contra mí?

—Nada personal.

—¿Entonces...?

Rubin señaló el revólver con su pipa.

—No quiero líos.

—Oh, no habrá líos, se lo aseguro...

—Los habría.

—Bien... Me quitaré el revólver.

—Sería lo mismo. No sé si tú estás enterado, Rom, pero tu nombre tiene ahora una resonancia molesta. Sabemos cosas de ti. Has estado peleando por ahí, alquilando tu revólver.

—Lo hice en favor de los agricultores. En algunos lugares los ganaderos y los agricultores pelean por las tierras. Siempre alquilé mi revólver a favor de los nuestros.

—Creí que te gustaban más las vacas.

—Es posible. Pero yo he regresado para ser agricultor. Y lucharé por ello.

—¿Te das cuenta? Aquí nadie tiene que luchar, Rom.

—Si en otros lugares ha habido peleas...

—Aquí no habrá peleas. No te necesitamos. Ni a ti, ni a tu revólver, ni a tu fama de pistolero. No quiero líos, Rom. De modo que —Burton Rubin se puso en pie— lo mejor que puedes hacer es marcharte.

Rom Dukey palideció intensamente.

—¿Me echa de su casa?

—Tampoco tienes que tomártelo así... Ocurre que yo no quiero líos. Ropesville es un lugar tranquilo y no quiero ser yo quien emplee al hombre que podría echarlo todo a perder.

—¿Por qué motivo?

—Tú ya sabes lo que ocurre. Siempre hay quien quiere matar a quien tiene un prestigio de pistolero, de rápido tirador. Si tú te quedas en Ropesville, aquí irán llegando otros hombres como tú. Es inevitable. Y en poco tiempo todo iría mal para todos..., excepto quizá para ti, que no tendrías que ir dando tumbos por ahí para encontrar con quién pelear.

—¿Ése es el concepto que tiene de mí?

—Sí.

Rom ladeó su mirada hacia Susan.

—Susan, tú me conoces mejor que tu padre... ¿Puedo hablar contigo un momento... a solas?

Burton Rubin pasó un brazo por los hombros de su hija.

—No, Rom. Nada tienes que hablar con Susan. Y menos a solas.

Rom miraba fijamente a la muchacha, como si no hubiese oído al padre.

—Susan, he vuelto, te dije que lo haría... por ti. Cuando me marché vine a decírtelo. Te dije que regresaría pronto, y tú me aseguraste que ibas a esperarme... Han pasado dos años, Susan, pero no creo que tengan importancia. Yo también te conozco a ti. Si dijiste que me esperarías, es que has estado esperándome.

—¿Crees que ella ha estado esperando el regreso de un fracasado, Rom?
—deslizó duramente Burton Rubin.

—¿Fracasado? ¿Por qué? Yo tengo muchas cosas por hacer y no voy a detenerme por nada... ¿Por qué llama fracasado al hombre que está dispuesto a luchar, señor Rubin?

—No insistas, Rom. Sussie quiere a otro hombre ahora. Quizá porque tardaste demasiado.

Rom palideció otra vez.

—Susan... —musitó, casi incrédulo—. ¿Es cierto eso?

—Sí, Rom.

—Convéncete, Rom —machacó Burton Rubin—: ya no tienes nada, absolutamente nada. Ni padres, ni novia, ni dinero, ni tierras...

—Ni amigos —añadió secamente Rom.

Padre e hija permanecieron en silencio ya. Rom los estuvo mirando unos segundos con la atención de quien ve por primera vez en su vida unos bichos desconocidos, extraordinarios, asombrosos.

Luego dio la vuelta, salió del porche, montó en su caballo y se alejó.

* * *

Desde lejos vio a James Grayson. Estaba arando la tierra, muy cerca de la casa. Casi enseguida comprendió que Grayson también le había visto y, por supuesto, reconocido, ya que James Grayson era otro de los viejos amigos de los Dukey.

Vio a Grayson dejar la azada pasarse la manga por la frente y dirigirse hacia la casa. Lo vio entrar en ésta y cerrar la puerta.

Pero la puerta se abrió cuándo Rom detuvo su caballo ante la casa. Sólo que no fue James Grayson quien apareció en el porche sino una mujer.

Rom se quitó el sombrero y sonrió.

—Buenas tardes, señora Grayson... ¿Cómo está?

—Hola, Rom. Muy bien, gracias.

—¿Todo va bien?

—Oh, sí... Sí, todo va bien.

Rom permanecía a caballo. Aplastó el sombrero sobre el pomo de la silla y se esforzó en sonreír más.

—Me alegro... Bueno yo quería hablar con su marido sobre...

—Oh, él no está, Rom.

—¿No está James Grayson en casa, señora Grayson?

—Eee... No, no está. Lo... lo siento, Rom.

—Sí, claro... Comprendo. Bien, no la molesto más señora Grayson. Adiós.

—Adiós Rom.

* * *

Charles Burr desvió la mirada.

—Lo siento, Rom... Te daría trabajo, pero no sólo no podría pagarte, sino que, realmente me basto yo solo para hacerlo... Lo siento muchacho.

Rom miró hacia las tierras. Un hombre solo no podría con ellas ni siquiera trabajando veinticuatro horas diarias.

—Si es por el pago no se preocupe. Cobraré en la próxima cosecha. Y no voy a ser exigente, señor Burr. De momento, con un lugar donde dormir y la comida, podríamos...

—No, no. Lo siento, Rom.

—Lo... Lo siento... Debo creerlo, puesto que tantas veces lo ha dicho. Adiós.

—Lo siento, Rom.

Rom le miró hoscamente. Pareció a punto de decir algo, pero plegó los labios.

Y se marchó.

* * *

Mike Bennet señaló a sus tres hijos. Tres muchachos altos y fuertes, duros, quemados por el sol.

—Mis hijos y yo podemos atender a esto, Rom.

—Pero siempre va bien una ayuda —intentó sonreír Rom—. Yo no les cobraría nada, señor Bennet. Sólo quiero comida y cama. Usted sabe que sus hijos y yo siempre fuimos buenos amigos —miró a uno de ellos—. ¿No es cierto, Tommy?

—Mira, Rom, nosotros tenemos mucho trabajo —gruñó Tommy Bennet—. ¿Por qué demonios no nos dejas en paz? No es culpa nuestra que tú estés ahora en esta situación, ¿no es así?

—No estoy culpando a nadie de nada, Tommy, sólo estoy buscando trabajo.

—En Ropesville nadie necesita pistoleros.

—Nadie necesita pistoleros... hasta que los necesita. De todos modos, no he venido a contratarme como pistolero.

—Pues no cuentes con otra cosa. No tenemos trabajo para ti... Y cuando necesitemos pistoleros se hará lo que se tenga que hacer. Se les contrata, se les paga y en paz. Pero eso sí: cuando necesitemos tú serás el primero a quien contrataremos.

—Tommy, no te rompo la cara porque no quiero ensuciarme.

—Oh, sí, ¿eh? Bueno baja del caballo y veremos quien rompe la cara a quién, matón.

Los cuatro Bennet formaron un sólido frente de enormes pechos duros como la piedra. Sus miradas eran duras y casi había en ellos un destello de esperanza de que Rom desmontase. Tenía unas manazas enormes, fuertes, incapaces de manejar un revólver con un mínimo de soltura pero capaces de reventar piedras a puñetazos.

—Quizá otro día desmonte, Tommy.

* * *

—Hola, Larry —sonrió cada vez con más dificultad Rom—. ¿Cómo estás?

—Bien —Larry Ladd desvió la mirada—. Pero las cosas no me van demasiado bien. Hace tiempo que tengo intenciones de marcharme de aquí y dejar todo esto. ¿Querías algo, Rom?

Rom miró desalentado a Larry Ladd. Éste debía tener aproximadamente su edad, era rubio, de expresión simpática, pero algo débil quizá por añada.

—No —susurró Rom—. No quería nada Larry. He regresado y creí que debía saludar a los viejos amigos.

—Es de agradecer. Te invitaría a pasar, pero ocurre que tengo que marcharme ahora...

—Lo comprendo, lo comprendo. Ya volveré otro día, Larry.

—Sí... Otro día, Rom.

—Adiós.

—Adiós, Rom. Me alegro de que hayas vuelto.

Rom, que había ya dado la vuelta a su caballo, se volvió en la silla y miró fijamente a Larry Ladd. De pronto se echó a reír con auténticas ganas.

—¡Muy agradecido, Larry! ¡Pero que muy agradecido, hombre de veras...! Sí, ya sé que todos os habéis alegrado mucho de mi regreso. Siempre os recordaré con agradecimiento.

Ladd miró con inquietud el revólver de Rom.

—No vale la pena, Rom.

—¿No? Que sí, hombre que sí...

Se alejó de allí todavía riendo.

Media hora después entraba de nuevo en Ropesville. El sol ya iba declaradamente hacia el ocaso, y las calles se mostraban más animadas.

Se dirigió directamente al saloon donde horas antes había estado bebiendo con el *sheriff* Browser; pero al cruzar la punta de la calle lateral detuvo su caballo, esta vez sin poder contenerse.

Estaba viendo de nuevo a la hermosa mujer que le había precedido antes, en un calesín, saliendo del pueblo en dirección al cementerio. Pero no detuvo el caballo por eso, sino por la compañía que tenía la mujer.

—Vaya —sonrió Rom—, parece que Norman Rubín tiene muy buen gusto... y mucha suerte.

Iba a continuar su camino cuando el hombre que conversaba con la hermosa mujer se volvió y, enseguida, sonrió amablemente.

—¡Hey, Rom, quieto ahí, muchacho...!

Habló algo apresuradamente con la mujer. Luego, mientras ésta entraba en su casa, Norman Rubin se acercó a Rom, sonriendo. Cuando llegó ante él,

ya en la calle Principal, se subió el sombrero con la punta del dedo pulgar.

—Vaya, vaya, Vaya... Regresaste, ¿eh?

Rom Dukey sonrió a medias. Allá tenía a Norman con aspecto de recién civilizado, limpio, decentemente vestido, bien afeitado. Parecía algo menos tosco que un par de años antes, y más simpático y atractivo.

—Regresé, Norman.

—Pues me alegro. Vendrás a casa y... ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—Estuve ya en tu casa, Norman.

El otro parpadeó.

—¿De veras? Bien...

—¿No lo sabías?

—No. Estuve... ocupado ésta tarde.

Rom miró hacia la casa donde había entrado la hermosa mujer.

—Una linda ocupación.

—¡Lo es! —rió Norman—. Oye, desmonta y beberemos algo. Te hablaré de Julie...

—¿Julie?

—Julie Howard —Norman señaló hacia la casa—. Ella llegó no hace mucho, y... Bueno, creo que tengo más suerte de la que merezco.

—Eso será como compensación por la suerte que me falta a mí, Norman.

—¿Qué quieres decir? Oh, bueno, maldita sea, desmonta ya y vamos a beber algo...

—Creo que será mejor dejarlo.

Norman Rubín frunció el ceño.

—¿Qué demonios te ocurre, Rom?

—Estuve en tu casa —repitió Rom—, y vi a tu padre y a Susan... No debiste perderte la entrevista, Norman.

—Comprendo... Te refieres a lo de Vincent, ¿no?

—¿Quién dices?

—Vincent Reles. Bueno, él no es un mal muchacho, Rom.

—Si tú lo dices... Pero no sé de qué me estás hablando.

—¿No sabes que Vincent Reles es ahora novio de Sussie?

—No sabía quién era. Bien, ¿qué más da que sea él u otro cualquiera? Supongo que es uno de los que llegaron después de marcharme yo.

—Sí. Llegó él, los Washburn, los Mathers... No demasiados. Ya sabes que este lugar es muy... estable.

—Lo sé, lo sé. Bien, Norman, hasta otra.

—Como quieras... ¿Es que ocurrió algo desagradable, Rom?

—Tu padre te lo dirá. Y supongo que te aconsejará que no te molestes en hablar conmigo. Hasta la vista, Norman.

—Hasta la vista.

Rom se alejó. Norman lo estuvo mirando unos segundos, se bajó el sombrero, encogió los hombros y regresó ante la casa de la bella mujer llamada Julie Howard. Desató el caballo de la trasera del calesín, montó y se marchó de Ropesville.

Dentro del saloon, Rom Dukey pedía su primer vaso de *whisky*.

Tenía unas terribles ganas de beber, hasta hartarse...

CAPÍTULO III

Cuando salió del saloon era cerca de la medianoche, y la animación había decrecido notablemente en un pueblo donde la mayoría de sus habitantes se levantaban al salir el sol.

Un pueblo pacífico.

Un pueblo tranquilo.

No estaba borracho, ni mucho menos; pero quizá había bebido un poco de más. Un poco, insuficiente para alejar sus sombríos pensamientos. La solución más sencilla habría sido marcharse de Ropesville en aquel mismo momento, pero no pensaba hacerlo. Había sido necesario que muriesen sus padres para que él comprendiese cuál era su lugar en la Tierra. Y después de esto no iba a marcharse por mucho que todos se lo propusiesen negándole un trabajo del que todos disponían. Cualquiera de los hombres que había visitado aquella tarde podían haberle dado un empleo, por modesto que fuese.

Muy bien.

Él se iba a quedar, fuese como fuese.

Se quedó delante de las puertas del saloon, mirando hacia la acera de enfrente y un poco a su izquierda. Royal Hotel. Bueno, de momento tenía dinero para pagarse el alojamiento y la comida de una corta temporada.

Bajó la calzada, fija su mirada en las iluminadas cristaleras del Royal, distraídos sus pensamientos.

Quizá por eso los vio a los dos a la vez.

Si su mirada hubiese sido vigilante, probablemente sólo habría visto a uno, estudiándolo con atención. Pero al no mirar a ningún lugar determinado, vio a los dos hombres, como dos sombras, uno a cada lado. Mejor dicho; no los vio, sólo notó el movimiento, su presencia.

Inmediatamente su mirada cambió de expresión. Ya no fue distraída, sino atenta, casi con una expresión de sobresalto...

En el mismo momento en que se volvía hacia su derecha, sonaba el primer disparo en aquella parte. Y al mismo tiempo que recibía el balazo en una pierna, Rom Dukey vio la sombra del hombre tras el fogonazo del disparo.

La bala le alcanzó en la cara interna del muslo izquierdo, y le hizo girar una vez antes de derribarlo. Y mientras esto ocurría, el hombre de la izquierda disparaba también contra él, pasando su primera bala justo por donde una fracción de segundo antes había estado el pecho de Rom Dukey.

El primero en disparar, el que le había herido en el muslo, estaba disparando otra vez, pero la bala se clavó en el suelo, a una yarda de Rom, hacia su derecha.

A todo esto, Rom Dukey no había permanecido inmóvil de manos, precisamente.

Ya mientras caía, su derecha había tirado del revólver, y apenas en el suelo, un instante después de que aquella bala se clavase a una yarda de él, Rom había apretado el gatillo.

Él tiraba mucho mejor.

La bala alcanzó al hombre en el centro, del pecho y lo empujó como si quisiera aplastarlo contra el polvo de la calle, dejándolo tendido en él, cara al cielo con el revólver todavía asido en su crispada mano.

Pero Rom no podía prestar atención a estos detalles, pues quedaba el otro hombre. Y así, apenas disparado aquel plomo, rodó hacia un lado, dejando vacío el lugar donde al instante se clavó otra bala.

Después de rodar tuvo que perder un segundo precioso en localizar al enemigo que quedaba vivo. En el momento en que lo veía, a menos de ocho yardas, de pie, con la mano adelantada, el hombre apretaba por tercera vez el gatillo de su revólver.

Rom estaba de costado apoyado en el codo izquierdo y con la mano derecha algo adelantada, listó el dedo sobre el gatillo de su revólver.

Al mismo tiempo que veía el fogonazo y al hombre, la bala disparada por éste arañaba su costado derecho, como si le hubiese rozado un hierro candente.

Pero Rom ya estaba entonces apretando el gatillo.

Y de nuevo disparó mejor.

El hombre recibió el impacto en un hombro, giró hacia atrás soltando el revólver, y cuando el giro le colocó de nuevo cara a Rom, éste volvió a disparar. La bala acertó de lleno en la frente del desconocido agresor, que se derrumbó como segado, hacia atrás y de lado, girando todavía por el impacto del primer plomo.

Quedó de bruces sobre el polvo.

Y de nuevo reinó la paz en Ropesville.

Un pueblo pacífico.

Un pueblo tranquilo...

Rom se puso en pie, y se acercó cojeando al hombre que había recibido una bala en la frente. Mientras lo volvía cara al cielo, oía ya a su alrededor las excitadas voces habituales después de, cada pelea. Algunos hombres corrían hacia allí.

Dio la vuelta al hombre.

No le conocía. Era... Había sido un hombre más bien delgado, de rostro huesudo, barbudo y boca fina. No pudo verle los ojos, porque los tenía cerrados; pero, con toda seguridad no le conocía. Se acercó al otro y no tuvo necesidad de tocarlo, pues ya estaba cara al cielo y con los ojos abiertos. Tampoco le conocía. Éste era más rechoncho y alto, grueso, de ojos pequeños y frente estrecha, labios gruesos...

—¿Qué ha pasado, Rom?

Rom se volvió hacia el *sheriff*.

—No lo sé exactamente, Browser...

—¿No lo sabes? ¿Quién ha matado a estos dos hombres?

—Bueno, eso sí lo sé... He sido yo, claro.

—Claro, has sido tú —farfulló Browser—. Pero ¿por qué?

Rom ladeó la cabeza.

—Si se fija bien en ellos comprobará que tienen el revólver fuera de la funda, con lo cual quedará demostrado que sólo hice que defenderme.

—Eso ya lo sé, Rom. Se ve enseguida. Y, además, estás herido. De acuerdo, legítima defensa. Pero... ¿por qué te atacaron?

—No lo sé.

—¿Los conoces?

—No.

—¿No?

—¡No!

John Browser se pasó la mano por la barbilla y estuvo pensativo unos segundos.

—Bueno, veremos qué pasa —se volvió hacia los curiosos—. Tú Frost, ve a buscar al doctor y llévalo a mi oficina. Vosotros, cargad con esos muertos y llevadlos a la funeraria. ¡Vamos!

El *sheriff* tomó de un brazo a Rom, como dispuesto a ayudarlo a caminar, pero el herido no necesitaba ninguna ayuda, ya que la herida de la pierna apenas había atravesado dos pulgadas de carne, y la del costado era sólo un surco en la piel.

—Puedo caminar solo —dijo.

Y entonces vio a Julie Howard, la hermosa mujer que aquel día se ponía ante él por tres veces ya. Ella estaba en la esquina de la calle donde tenía su casa, cerca de un farol, pero no tanto que la luz le llegase completamente desde arriba y ocultase sus facciones. Se veía muy bien; tensas, asustadas, como si estuviera sorprendida al mismo tiempo.

Rom Dukey se tocó el sombrero con un dedo, y la mujer dio entonces la vuelta y echó a correr hacia su casa.

Browser comentó:

—¿La conoces?

—Somos ya viejos conocidos —sonrió Rom—. Hoy nos hemos visto ya tres veces... de lejos. ¿La conoce usted?

—Se llama Julie Howard —susurró Browser—. Llegó hace tres semanas o cuatro, compró la casa..., y eso es todo. Excepto que, según parece, Norman Rubin es un muchacho de suerte.

—Ya. ¿Y esos dos hombres? ¿Los conocía usted, Browser?

—No.

—¿No los había visto nunca en Ropesville?

—No. Eso quiere decir que llegaron esta tarde, o esta noche, y que yo no había tenido aún tiempo de verlos en mis rondas... Lo cual me hace sospechar que me han estado evitando.

—Ellos querían matarme y largarse de aquí enseguida, eso es todo —dijo Rom.

—Quizá te confundieron con otro, ¿no?

—Es posible.

—Bueno, vayamos a mi oficina...

—No. Prefiero irme directamente al Royal. Envíeme allá al doctor, Browser.

—¿Vas a alojarte en el Royal?

—Eso pretendo. ¿Alguna dificultad?

—No. Sólo que el Royal es caro... Y eso me hace suponer que tienes mucho dinero, Rom.

Dukey lanzó una carcajada.

—¡Está es buena...! No llevo la cuenta al centavo, Browser, pero si mis cálculos no fallan, creo que tengo ahora en el bolsillo algo así como cuarenta y tantos dólares. No hay para sentirse millonario, ¿verdad?

—Pues no... Realmente no. Te acompañaré...

—No se moleste. Se lo agradezco igual, pero bastará con que me envíe el médico al hotel. Mientras, vea si puede enterarse de algo sobre esos dos

hombres.

—Lo haré mañana. Ahora interesa que todo vuelva a su normalidad.

Rom sonrió despectivamente.

—Claro, claro...

Y se dirigió hacia el Royal, cojeando.

John Browser volvió a pasarse la mano por la barbilla. Los dos cadáveres ya siendo llevados a la funeraria. Miró hacia allí, hacia Rom Dukey, movió negativamente la cabeza.

—No lo entiendo... ¡No lo entiendo!

* * *

—Pues nosotros sí lo entendemos —gruñó Burton Rubin.

—¿Qué quiere decir, Rubin?

Burton tenía fruncido el ceño. Se apartó de los demás agricultores mirando hacia la ventana de la oficina del *sheriff*. Debían ser las once de la mañana y afuera lucía un bonito sol y todo era paz en Ropesville. Estuvo mirando unos segundos la calle y la gente que transitaba por ella, los carros...

Se volvió.

Browser, sentado tras su mesa, continuaba mirándolo con fijeza. Los demás también le miraban, expectantes, de pie alrededor de la mesa del representante de la ley.

—Quiero decir que esto no debería sorprendernos a ninguno... En el supuesto de que nos sorprenda Browser.

El *sheriff* parpadeó.

—Será mejor que hablemos claro —casi gruñó—. Ustedes han venido aquí, en peso, a pedirme explicaciones. Les he dado las que sé, o sea simplemente lo ocurrido, sin que ello signifique que entiendo por qué ocurrió. Usted asegura que sí lo sabe, Rubin. Pues muy bien; explíquese claramente, por favor.

—Esos hombres muertos eran pistoleros.

Con no poco esfuerzo, Browser contuvo una sonrisa.

—Cierto —admitió—. Y uno de ellos estaba reclamado por quinientos dólares —abrió el cajón central de la mesa y mostró un pasquín—. Debemos agradecer a Rom Dukey que nos haya librado de un indeseable apenas éste hubo puesto los pies en Ropesville.

—¿Oh, sí? Bueno. ¿Por qué cree usted, Browser, que esos indeseables vinieron a Ropesville?

—No creo nada. Simplemente, vinieron.

—Nosotros sí creemos algo: vinieron porque se enteraron de que Rom Dukey estaba aquí. Vinieron para matarlo, para poder decir que ellos lo habían vencido.

—Oh, vamos, Rubín...

—¡Por eso vinieron!

—Mantengamos claros nuestros pensamientos, señores —refunfuñó Browser—. Rom llegó ayer al mediodía a Ropesville. Me parece demasiada prisa por parte de esos dos hombres en venir a buscarlo. Al fin y al cabo, si tan cerca estaban de él, pudieron atacarlo en cualquier otro lugar... ¿Por qué esperar a Ropesville y esperar también la noche? Además, ellos no le desafiaron, simplemente querían matarlo, sin necesidad de darse a conocer, para luego ir alardeando por ahí...

—Browser queremos que eche de Ropesville a Rom Dukey.

John Browser palideció.

—¿Cómo dice, Rubín?

—Queremos que lo eche. Todos estamos de acuerdo en eso. ¿No es cierto, amigos?

Hubo un compacto murmullo de aprobación.

—¿Por qué motivo? —susurró el *sheriff*.

—No queremos peleas en Ropesville. Yo sabía que esto tenía que ocurrir. En cuanto esa gente se entera de que hay un revólver importante, más o menos famoso, en un lugar, acuden como moscas a la miel. Si no echamos de aquí a Rom Dukey, Ropesville será pronto un pueblo peligroso.

—¿No les parece que están exagerando?

—Queremos que lo eche.

Browser los fue mirando uno a uno. Estaban allí Mike Bennet y sus tres hijos, Larry Ladd, Burr, Grayson, Cranston, Vincent Reles, Dean... En todos los rostros estaba claramente expresada la misma animosidad.

—¿Pueden decirme algún motivo que me sirva para expulsar de Ropesville a un hombre que vivió aquí tanto tiempo como ustedes y yo mismo... y más tiempo que algunos de ustedes?

Vincent Reles y Cranston desviaron la mirada, algo azorados.

Pero allá estaba Burton Rubin, intransigente y seguro de sí mismo.

—Entiendo que Rom tiene poco dinero...

—Como cuarenta dólares —admitió el *sheriff*.

—Muy bien, échelo, por vagancia.

—¿Por vagancia...! ¿Qué demonios dicen? Ese muchacho sabe de la tierra tanto cómo ustedes y encontrará enseguida alguien que le proporcione trabajo. ¿No?

La breve pregunta la formuló Browser al ver las expresiones de aquellos hombres.

Esta vez fue Grayson quien habló.

—Nadie le dará trabajo. Estuvo ayer visitándonos, y no consiguió ese trabajo.

Browser se mordió los labios.

—Comprendo... No le quieren aquí, eso es todo.

—Eso es todo.

—¿Y todo por el miedo de que ocasione molestias?

—Estamos bien así, Browser, no tenemos ninguna necesidad de complicarnos la vida. Ni Rom tiene necesidad absoluta de vivir en Ropesville. Que se vaya a cualquier otro lugar, lo pasará más... divertido que aquí.

—Hay una cosa que olvidan —el *sheriff* mostró de nuevo el pasquín en alto—: Rom Dukey ganó anoche, sin proponérselo, quinientos dólares. No se puede acusar ya de vagancia a un hombre que tiene tal cantidad.

—Todavía no la tiene. Sabemos que ese dinero tardará por lo menos dos o tres semanas en llegar. Así que lo mejor que puede hacer Rom Dukey es marcharse a otro sitio para esperar el cobro. El dinero que tiene ahora se le acabará antes de que lleguen los quinientos dólares...

—Ustedes parecen no conocer a Rom. Si le digo que se marche, sólo conseguiré hacer más firme su decisión de quedarse.

—Usted tiene una autoridad... que nosotros le dimos. Úsela, Eso es todo definitivamente, Browser.

El representante de la ley los volvió a mirar uno a uno. Dobló el pasquín, lo guardó en un bolsillo de la cazadora, se puso en pie, recogió su sombrero y salió de la oficina en silencio.

* * *

No encontró a Rom en el hotel pero allí le indicaron que podría encontrarlo en la barbería.

En efecto, apenas entrar en ésta, vio el rostro de Rom por el espejo. Lo estaban afeitando.

—Hola, Rom.

—¿Qué hay, Browser? Ahora iba a ir a verlo... ¿Supo algo de los dos tipos?

—De uno de ellos. Se llamaba Slim Corbett... Dan quinientos dólares por su pellejo.

—¡Vaya! —exclamó alegremente Rom—. ¡Ésa sí que es una buena noticia! Tengo pensado recuperar mis tierras, Browser... ¿Quién las compró?

—Un tal Cranston. Llegó poco después de marcharte tú...

—¿Cuánto pago por ellas a mi madre?

—Como cinco mil dólares, creo.

—¿Y madre los gastó todos?

—Bueno, ella estuvo muy enferma, Rom. No se hubiese salvado ni aunque hubiese tenido tres millones... De todas maneras, yo no sé nada de ese dinero.

—Cinco mil dólares... Va a costarme mucho esfuerzo reunirlos. Bueno, de todos modos no me parece nada mal empezar con quinientos, ¿no le parece?

—Yo... No creo que Cranston quiera vender, Rom. O sea que, aunque tuvieses el dinero...

El barbero terminó con Rom. Éste se puso en pie, se miró al espejo y sonrió complacido de sí mismo, de modo tan simpático que John Browser se quedó sin voz para soltar su noticia.

Rom se había bañado antes, y sus ropas habían sido cepilladas y cosidas en algunos puntos. La venda que rodeaba su torso no se veía ni se notaba siquiera bajo la camisa. Pero sí cojeó un poco al acercarse a recoger su cazadora. Se la puso, se tocó el revólver y sonrió.

—¡Bueno...! —suspiró—. ¿Dónde puedo ver a ese Cranston? ¿En mis... en sus tierras?

—No —musitó Browser, mirando por el escaparate de la barbería—. Está ahí afuera, Rom, con los demás.

Rom se acercó al ventanal y miró hacia la calle. Vio al grupo de hombres delante mismo de la oficina de Browser. Ni uno solo de ellos llevaba armas.

Se volvió hacia el *sheriff* fruncido el ceño.

—¿Qué es lo que está, ocurriendo? —inquirió.

—Quieren que te vayas.

—¿Qué me vaya de Ropesville?

—Sí, Rom: eso quieren. Han venido todos para decírmelo.

—¿Puede usted expulsarme de Ropesville legalmente?

—Por el momento, no. ¿Cuánto dinero te queda?

Rom Dukey comprendió.

Se volvió hacia el barbero.

—¿Qué le debo, Archie?

—Bueno, contándolo todo..., baño, afeitado... Pongamos cuatro dólares Rom.

Éste pagó. Luego, sacó del bolsillo todo lo que le quedaba y efectuó sus cuentas en voz alta:

—Tengo que pagar el hotel, el alojamiento de mi caballo, comer... Bueno, calculo que esta noche apenas me quedarán veinte dólares, Browser.

—Entonces..., mañana tendrás que marcharte de aquí acusado de vagancia.

—¿Y esos quinientos dólares?

—Tardarán en llegar. Demasiado, Rom.

—Puedo pedir a alguien a cuenta de ese dinero, y así...

—Nadie va a prestarte nada, Rom. O tienes dinero, o empleo, o te vas de Ropesville. Te juro que lo siento.

Rom cerró con fuerza la mano sobre las monedas que le quedaban.

—Está bien...

—¿Te vas? Claro, no vas a esperar a qué se te expulse por vago, lo comprendo...

—Todavía me queda dinero, Browser. Veremos lo que decido mientras me dure.

Salió de la barbería mirando hacia el grupo silencioso, que no le perdía de vista. Sonrió duramente, y ya iba a cruzar la calle cuando un carro se detuvo justo delante del porche, cortándole el paso.

—¿Es usted Rom Dukey?

Era una mujer. Rom la miró casi de mal talante. Pudo contener su asombro al ver a la muchacha que iba junto a la mujer. Ésta debía tener alrededor de cuarenta años, y se veía fuerte y tostada por el sol; sus ojos eran azules, algo cansados, y su expresión, a pesar del cansancio de los ojos, resultaba decidida y huraña pero no desagradable sino más bien simpática si se buscaba por debajo de la expresión superficial.

La muchacha se parecía mucho a la mujer, pero era más suave en todo. Sus ojos no eran exactamente azules, sino que mostraban unas pasmosas chispitas de color morado y doradas; los párpados se alargaban mucho hacia las sienas; eran unos ojos que difícilmente podían olvidarse. Su cuerpo era delgado, fuerte, con unos bonitos senos más bien pequeños y una cintura delgadísima. El rostro, también muy tostado por el sol, no era demasiado

correcto, pero a Rom Dukey le pareció el más gracioso y bonito de cuantos había visto en su vida, con aquella boquita redonda y rosada y la barbilla un tanto agresiva. Quizá tendría dieciocho o diecinueve años...

Rom se quitó el sombrero y se quedó mirando a la mujer que le había preguntado.

—Sí señora: soy Rom Dukey.

—Muy bien; suba al carro y regresemos ya.

Rom alzó las cejas entre divertido y desconcertado.

—Temo que no la entiendo.

—Usted está buscando trabajo, ¿no es así?

Él sintió como un puñetazo en el estómago.

—Así es, señora.

—Correcto. Ya tiene trabajo... Entiendo que usted sabe lo que ha de hacerse con un buen trozo de tierra, joven.

—Entendió bien —sonrió Rom.

—Pues suba: hay mucho trabajo por hacer.

—De acuerdo...

Rom se dispuso a subir al carro, pero en aquel momento resonó en toda la calle la voz de Burton Rubin:

—¡Señora Mathers!

La mujer se volvió ligeramente hacia allí, mirando con indiferencia el grupo de hombres que se acercaba a paso de carga. Esperó hasta que todos estuvieron junto al carro y Rom, pero permitiendo que se viesan perfectamente, puesto que las paredes del carro eran muy bajas.

Y entonces la mujer preguntó:

—¿Qué se le ofrece, Rubin?

—¿Qué se propone usted con Rom Dukey?

—Necesito un hombre como él en mis tierras.

—¿Va a darle trabajo?

—En efecto.

—¡No puede hacerlo! Nadie dará trabajo en Ropesville a Rom Dukey.

—¿Por qué no?

—Oiga, anoche mató a dos hombres. Ventrán más. No es una compañía grata para nosotros. No queremos jaleos, y si él se queda en Ropesville...

—Conozco ya toda esa teoría de ustedes —cortó Dorothy Mathers secamente—. ¿Tienen algo más que decir?

—¡No le dé trabajo!

—Ya está contratado... Digo, si él acepta —se volvió hacia el sonriente Rom—: diez dólares al mes, comida y un montón de paja en el establo. No puedo darle más. ¿Acepta?

—Encantado, señora Mathers.

—Exactamente: yo soy Dorothy Mathers. Ésta es Dolly, mi hija. ¿Qué espera para subir al carro, joven?

—¡Dorothy! —rugió Burton Rubin—. ¡Ese hombre con revólver, sólo va a traernos complicaciones a todos si se queda aquí!

Rom se adelantó un poco más, llevándose una mano a la hebilla del cinto.

—Si le molesta mi revólver, señora Mathers...

—¡De ninguna manera! ¡Deje ese artefacto donde está! Me gusta que los hombres lleven en la cintura algo más que el ombligo. Suba al carro de una vez.

Rom subió al carro, riendo. A su alrededor sólo pudo ver otra sonrisa, y bastante contenida: la de John Browser.

—Yo llevaré el carro, señora.

—Así me gusta... —sonrió Dorothy Mathers—. Échate un poco para allá, Dolly.

La muchacha obedeció, dejando a su madre entre ella y Dukey. Se inclinó un poco para mirar a éste, y su rostro se coloreó levemente cuando Rom, que también estaba mirando hacia ella, le guiñó un ojo, ya en el pescante y con las riendas en las manos.

—¡Está bien! —tronó Rubin—. Pero esto va a complicarle la vida, Dorothy, no lo olvide. Por el momento será mejor que no tenga que recurrir nunca a sus vecinos. En cuanto a ti, Rom, sería mejor que atendieses este consejo: márchate.

Rom fue a decir algo, pero una mano de Dorothy Mathers cayó rudamente sobre su brazo, apretándolo, y fue ella quien habló:

—Burton, ninguno de ustedes me ha ayudado desde que llegué. ¿Qué es lo que pretenden ahora? ¿Qué me arruine por propia voluntad? ¿Cuál de ustedes me ofreció siquiera uno solo de sus hijos, o uno de sus hombres? ¿Cuál?

—Usted sabe que faltan hombres por aquí, Dorothy. No podíamos...

—Creí que nadie necesitaba más manos para sus, tierras, señor Rubin —deslizó Rom.

—¡Tú te callas...!

Los ojos de Rom Dukey desaparecieron tras los párpados entornados, y los dientes se apretaron. La voz salió como silbada:

—Es usted quien se ha de callar. La señora Mathers tiene derecho a hacer lo que le dé la gana, y usted no es nadie para indicarle si está bien o mal. Si ella me emplea, allá voy. Claro, ahora ya no pueden echarme del pueblo. Y otra cosa: si recibimos la menor molestia por parte de ustedes en la granja de la señora Mathers, entonces sí van a saber de lo que es capaz de hacer este hombre con revólver. ¿Entendido? Ahora, apártense: no quiero que estos caballos pisen cucarachas.

Azotó las grupas de los caballos con las riendas; pero apenas había recorrido el carro una yarda cuando detuvo de nuevo a los caballos y se volvió.

Recorrió el grupo con la mirada, en busca de caras desconocidas para él. Sólo había dos, entonces. Una de ellas correspondía a un muchacho joven y agradable, alto y fuerte. Tuvo la seguridad de que era Vincent Reles, el novio de Susan Rubin. Pero eso, realmente, estaba dejando de importarle a toda rapidez.

Le interesó más el otro hombre, mayor y más tosco.

—¿Usted es Cranston?

—Sí.

—¿Cuánto pagó a mi madre por las tierras?

—Cinco mil dólares.

—Reuniré ese dinero, señor Cranston.

Y de nuevo puso en marcha el carro. Todos vieron detenerse éste delante del establo público. Allá, Rom Dukey recogió su caballo, lo amarró al carro, y subió al pescante de nuevo.

Cuando salían de Ropesville las Mathers y él, Burton Rubin se volvió furiosamente hacia el *sheriff*.

—¿Y ahora qué, Browser?

El representante de la ley encogió los hombros.

—Supongo que tendremos que aceptar a Rom Dukey nuevamente como vecino, ¿no, Rubin?

—Eso cree, ¿eh? Sepa una cosa: ¡Le haremos la vida imposible!

—¿De veras? —John Browser sonrió secamente—. Muy bien, allá ustedes. Pero luego no me vengan llorando: aténganse a las consecuencias de molestar a Rom Dukey. Y otra cosa, señores: pidan al cielo que no sean ustedes quienes tengan que necesitarle a él, no él a ustedes. Buenos días.

CAPÍTULO IV

—Oiga, joven —dijo Dorothy Mathers—, me gusta cómo les ha hablado usted a esos idiotas.

—Gracias, señora Mathers —sonrió Rom.

Ella lanzó una rápida mirada a las manos que manejaban las riendas.

—Me parece que sus manos van a estropearse pronto...

—No se preocupe por eso, señora. Trabajaré con guantes siempre que ello sea posible. Pero pierda cuidado: estará contenta de mi trabajo.

—Así lo espero. No tengo ningún interés en que sus manos se conviertan en zarpas, incapaces de manejar el revólver.

—¿No le disgusta que lo lleve?

—¡Claro que no!

—A los demás sí.

—Bueno, ellos tienen menos inteligencia que un gusano... Pero no son malos del todo, ¿no cree?

Rom Dukey frunció el ceño, pensativo.

—No. No son malos del todo. Sólo un poco egoístas. Comprendo lo que ellos piensan y sienten. Y quizá tengan razón. Quizá se presenten aquí unos cuantos tipos buscando pelea, cualquier día. Si nadie les hace frente, se marcharán. Pero si saben que hay un solo hombre que puede pelear con ellos, es posible que busquen jaleo. Ellos tienen razón en esto, señora Mathers.

—Lo sé muy bien.

—¿Por qué me emplea, entonces?

—Porque yo no tengo miedo a nada —Dorothy Mathers sonrió burlonamente—. Y, de todos modos, si alguien llega buscando pelea, van a buscarle a usted, no a mí.

—Eso es cierto —rió Rom—. ¿Hace mucho tiempo que llegaron ustedes a Ropesville señora Mathers?

—Poco después de marcharse usted, joven —la mujer hizo una pausa, mirando de reojo a Rom—. Su madre era una mujer muy... agradable.

Rom la miró vivamente.

—¿La trató mucho?

—Estuve con ella desde que empezó a sentirse verdaderamente mal. No quiero presumir de ello, pero Dolly y yo cuidamos personalmente a su madre.

Rom. Hasta que... Bueno...

—No, no sabía eso...

Rom miraba con fijeza a Dorothy Mathers.

—Bueno, nadie se lo dijo, ¿verdad?

—Claro. Señora Mathers...

Rom detuvo el carro y su mirada pareció ahondar en los ojos de la mujer. Pero tan expresivamente que ésta comprendió lo que iba a decir Rom, y lo evitó:

—No me gustan las palabras emocionadas o de agradecimiento y cosas así, joven. De manera que no abra la boca y sigamos nuestro camino. Hablemos de otra cosa: ¿qué le parecen las condiciones en que le he contratado? ¿Abusivas?

Rom movió las riendas.

—Lo son —sonrió—. Pero ahora aún me importa menos que antes.

—Son abusivas —musitó Dorothy Mathers—. Pero es que, realmente, no puedo pagarle más... por el momento.

—Está bien. Yo conseguiré que sus tierras den tanto fruto que podrá pagarme cien dólares al mes, señora Mathers.

—¡Santo Dios, si eso fuese cierto...!

—Lo será.

—Son buenas tierras —suspiró la mujer—. Pero los hombres se van. A veces... A veces he tenido la impresión de que eran bichos huyendo al olor del fuego. ¿Es cierto que por ahí se están peleando ganaderos y agricultores por las tierras?

—Lo es.

—Mal presagio.

—Muy mal presagio, en efecto... ¿Es ésa su casa?

—Ésa es.

Habían estado rodando por el clásico terreno llano, salpicado con no demasiada frecuencia por robles y algunos álamos. De cuando en cuando se veían creosotas y algunas amapolas. Era un cuadro al que Rom Dukey había estado acostumbrado desde siempre; pero su emoción no había sido notada por las Mathers en ningún momento.

Las tierras de las Mathers se veían delimitadas por las vallas de alambre de púas, como todas. Allá estaba el símbolo de lo más odiado por los

ganaderos: los espinos, los límites entre un trozo de tierra y la misma tierra de una pulgada más allá.

La casa era más bien pequeña y no parecía estar en muy buenas condiciones. Había un pequeño granero que mostraba los huecos de varias tablas rotas. El corral tenía la puerta casi colgando de un solo gozne. La mitad del porche de la casa parecía a punto de caer. Las tierras sólo estaban trabajadas en su cuarta parte... y no demasiado bien.

Rom se subió el sombrero por delante con un pulgar, miró de reojo a las mujeres y lanzó un silbidito de pasmo.

Dorothy Mathers se sonrojó un poco, y carraspeó.

—Eeh... No..., no está todo esto muy presentable, ¿verdad?

—Está asqueroso, señora.

—Bien... Si diez dólares le parece poco podría...

—Diez dólares serán suficientes... hasta que pueda exigirle cien.

Llevó el carro hasta delante del porche, saltó del pescante y ayudó a las mujeres a hacerlo. Cuando ayudó a Dolly, el aliento de la muchacha dio en su boca, como un soplo de aire fresco que ahuyentaba el calor de cien mil diablos.

Rom sonrió, sin soltar la cintura de la muchacha a pesar de que los pies de ésta ya estaban en el suelo. Ella no era, ni mucho menos, tan hermosa como Julie Howard, ni siquiera como Susan Rubin; pero tenía un gesto y unas facciones que a Rom le hacían gracia. Cada vez que había mirado a Dolly Mathers había sentido algo como una sonrisa en el corazón.

—Señorita Mathers —musitó Rom—, espero que se vaya acostumbrando a mi presencia... y de cuando en cuando me hable, aunque sea del trabajo.

—Sí... Sí, señor.

—¡Dolly! —gruñó su madre, ya en el porche—. Este joven es nuestro empleado, así que le vamos a llamar Rom, simplemente. ¿Qué es eso de señor? Y usted, sinvergüenza, suelte ya a mi hija.

—Sí, señora —rió Rom—. Iré a encerrar los caballos. ¿Bien?

—Bien. Le prepararemos algo de almuerzo.

—Oh, estupendo.

Las dos mujeres entraron en la casa mientras Rom llevaba el carro hacia el corral. Desmontó allí del caballo derecho, en el cual había montado de un salto a pesar de no haberlo separado aún del carro, y se volvió hacia la casa, todavía sonriendo...

Dolly Mathers se apartó de la ventana vivamente, sonrojada.

Su madre la miró, algo irritada.

—Te está bien empleado, por espiarle. Te gusta, ¿eh?

Dolly asintió sonriendo.

—Madre, es el hombre más agradable que tú y yo hemos conocido... ¿No es cierto?

—Es cierto —sonrió la mujer.

—Él tiene una voz simpática. Y unas manos grandes y fuertes, y unos ojos muy inteligentes y..., y humanos. Cuando me mira... Cuando él me mira...

—Dolly, hija, tú sabes que Rom Dukey era novio de Susan Rubín...

—¡Pero ya no lo es!

—Eso no quiere decir nada. Puede que continúe queriéndola. Y si ese hombre quiere a una mujer, ningún tonto como ese Vincent Reles podrá impedir nada de lo que pretenda Rom Dukey.

—Ya..., ya lo sé...

—Entonces, deja de mirarle. Es mejor que pienses en él solamente como un empleado. No te esfuerces tú misma en enamorarte... Has estado demasiado callada durante el camino, y eso me ha puesto sobre aviso. Esperemos que él crea que tu silencio es timidez o..., o que eres tonta; aunque yo sepa que has permanecido tan callada porque te sentías impresionada. ¡Deja ya de mirar!

Dolly se apartó de la ventana y se acercó a su madre.

—Él es tal como..., como nos lo describió su madre, mamá. Y ella acertó cuando dijo que volvería pronto. ¿Crees que deberíamos decirle...?

—¡No! Todavía no, Dolly. Y olvídate de él, no le mires como hace un momento..., por lo menos hasta que sepamos qué es lo que él siente por Susan Rubin... ¿Lo harás hija?

—Sí, mamá.

—Bien. Vamos a preparar algo para almorzar. Cuando ese hombre venga aquí tendrá más hambre que un coyote solitario. Vaya, no creí que pudiésemos tener tanta suerte... ¡Me alegro de que ninguno de esos idiotas le haya querido emplear!

Dolly Mathers sonrió dulcemente.

—Yo también me alegro...

* * *

Rom Dukey se miró el estómago y torció el gesto.

—Bueno, no creo que esta tarde esté yo en condiciones de trabajar, señora Mathers.

—¿Por qué?

—He comido demasiado... ¿Es que no tenemos café?

—Tenemos café. Somos pobres, Rom, pero no estamos arruinadas.

—Menos mal.

Dorothy Mathers sonrió. En toda su vida, sólo otro hombre le «había caído» tan bien como Rom Dukey: el difunto Aaron Mathers. Con lo cual, Rom Dukey quedaba a la máxima altura en la opinión de la viuda.

—Dolly, trae el café. Pareces tonta.

Dolly se sonrojó y se puso en pie. Rom sonrió, mirando de reojo a la muchacha. Parecía incapacitada para moverse.

—Ella no es tonta, señora Mathers, y usted lo sabe: Dolly se ha estado preguntando todo el tiempo de la comida qué tal sujeto voy a ser yo. Y modestia aparte, creo que le resulto simpático. ¿No es cierto, Dolly?

La muchacha se volvió de espaldas a los dos, sacando la cafetera del lar.

Dorothy Mathers lanzó un resoplido.

—Estamos ya convencidas de que vamos a pasarlo divertidas con usted, joven. Pero no le pagamos para eso.

—Es cierto; es cierto... Bueno, tomaré el café y saldré a trabajar.

Dolly sirvió el café enseguida, y Rom lo bebió a cortos sorbos, con resoplidos, pues estaba hirviendo. Luego sonrió, se puso en pie cogió su sombrero y salió de la casa. Dolly corrió hacia la ventana.

Su madre preguntó poco después:

—¿Qué está haciendo?

La muchacha se volvió, con expresión incrédula.

—Está durmiendo...

—¿Cómo?

—Se..., se ha tumbado bajo el roble grande y..., y se ha dormido...

—Bendito sea Dios... ¿Cómo es posible eso?

—Debía... tener sueño...

—¡Dolly! ¿Será verdad que eres tonta?

La muchacha no replicó, dejando sitio a su madre en la ventana. Cierto. Rom Dukey se había dormido. Estaba tendido en el puro suelo, con los brazos bajo la nuca y las piernas extendidas. El sombrero le ocultaba el rostro.

—Come como un buey, ríe como un niño... y duerme como un lirón... — musitó la mujer—. Mucho me temo que no hemos hecho un gran negocio, hija mía.

* * *

Rom Dukey se despertó hacia las seis de la tarde. Entró en la casa, cojeando, dijo «hola», pidió un trozo de papel y un lápiz y salió de nuevo. Estuvo dando vueltas por las tierras, los corrales, el granero, la casa ayudado por una rama de roble que había limpiado a hachazos. Regresó cuando ya había anochecido dijo que tenía un apetito estupendo, lo demostró, se llenó la barriga y se fue de nuevo a dormir, bajo las estrellas desdeñando el muy relativamente cómodo alojamiento en el corral.

A la mañana siguiente no estaba allí. Refunfuñando, Dorothy Mathers encargó a su hija ordeñar las vacas, y ella fue a dar de comer a los cerdos. Pero las vacas ya estaban ordeñadas, y los cerdos rebosaban comida por los hocicos.

Rom Dukey regresó dos horas después con el carro cargado de troncos. Quizá serían las ocho. Fue al corral, salió con una sierra y comenzó a convertir los troncos en tablones. A las diez apareció en la casa, cojeando, se llenó de nuevo la barriga, con una cantidad asombrosa de jamón, huevos, judías y café y regresó al trabajo...

* * *

Tres días más tarde la puerta del corral estaba reparada sólidamente, el techado del granero no mostraba ningún hueco, el porche de la casa se sostenía firmemente, las alambradas habían sido reforzadas y enderezadas todo lo que se tenía que pintar estaba pintado, y los aperos estaban listos y perfectamente reparados para su uso. La parte de las tierras deficientemente sembradas tenía tres nuevos canales de riego, los corrales estaban limpios, los pesebres mejor clavados, había más sogas de cáñamo trenzado, la bomba del abrevadero funcionaba a la perfección...

Serían poco más de las doce del mediodía cuando Rom apareció en la casa, caminando ya casi con absoluta firmeza, quitándose los guantes.

—Hola —dijo—. ¿Qué tal andamos de comida?

Dorothy Mathers se volvió, puso las manos en su cintura, y le miró de arriba abajo...

—Creo que yo le conozco a usted, joven.

Rom sonrió.

—Seguramente.

—¿No es usted el tipo que contratamos hace tres días?

—Oh, sí —miró de reojo a Dolly y la señaló con el pulgar, sonriendo todavía—: tengo testigos.

La señora Mathers dejó las bromas a un lado.

—Rom —musitó seriamente—, no es necesario que se lo tome tan a pecho, muchacho.

—Estoy preparándolo todo para empezar a trabajar.

—¿Para «empezar»? En tres días usted ha...

—Bueno, yo tengo hambre, no ganas de conversación... ¿Qué bazofia han preparado hoy?

—Lo de siempre.

Lo devoró todo. Luego miró por la ventana suspiró, y dijo:

—Creo que hoy voy a echarme otra siesta.

—Muy bien —aceptó Dorothy.

Rom se puso el sombrero, pellizcó la barbilla de Dolly al pasar junto a ella y salió al exterior. Un minuto después dormía bajo la sombra del roble.

Las dos mujeres le miraban por la ventana.

—Se lo ha ganado —susurró Dorothy—. Jamás vi a nadie trabajar con tanta rabia. Si todo continúa igual, dentro de dos años tendremos que pagarle cien dólares al mes, Dolly. Pero no.

No todo iba a ser siempre igual.

CAPÍTULO V

A Rom le despertó el sonido de cascos de caballo. Lo primero que hizo fue tocarse el revólver. Luego se incorporó, se deslizó hacia un lado y quedó apoyado de espaldas en el tronco del roble.

Comenzó a liar un cigarrillo.

Cuando ya lo había encendido, aparecieron los dos jinetes. Los reconoció enseguida. Eran Norman Rubin y la bellísima morena llamada Julie Howard, que se dirigían rectamente a la casa de las Mathers.

Éstas aparecieron en el porche cuando aún los caballos no se habían detenido, y Rom se dispuso a ser un apacible espectador de lo que pudiese ocurrir o hablarse allí.

—Buenas tardes, señora Mathers —saludó Norman Rubin.

—Hola, Norman.

Éste, estaba de espaldas a Rom, de modo que su sonrisa resultó invisible para el hombre con revólver.

—Le presento a la señorita Howard, señora Mathers. ¿Qué tal estás, Dolly?

Dolly no contestó. La atención de las dos mujeres estaba claramente dirigida a Julie Howard.

—¿Han venido por algo importante, Norman, o sólo de visita? —inquirió Dorothy.

—Pues... las dos cosas.

—¿Sí? Bueno, desmonten los dos... ¿Café?

Norman ayudó a Julie a desmontar, con evidente placer al hallar un pretexto para tomarla por la cintura.

—No, gracias... Será una conversación breve, señora Mathers.

—Bueno, ¿de qué se trata?

—Emmm... El caso es que la señorita Howard quiere quedarse en Ropesville...

—Me parece muy bien. ¿Y...?

—Bueno..., ella tiene algún dinero... No demasiado, pero sí el suficiente para comprar algunas tierras. Naturalmente, ella no va a dedicarse personalmente a cuidarlas; pero hemos pensado que alguien podría hacerlo, y así, ella tendría una casa más... tranquila que en el pueblo. Esto... Bueno, si ha de quedarse aquí, lo más indicado es que tenga un... Bueno, unas tierras...

—Sí, claro.

—Señora Mathers: nosotros hemos pensado que quizá usted le vendiese sus tierras a la señorita Howard. Ella las pagaría muy bien.

Las Mathers parecieron no haber comprendido completamente las palabras de Norman Rubin, porque Dorothy indagó:

—A ver, a ver... ¿Entiendo que ustedes han venido a comprarme mis tierras? Vamos, digo yo que debo estar volviéndome tonta, claro; pero juraría que eso es lo que hemos entendido mi hija y yo.

—Bueno, eso es lo que he dicho, señora Mathers.

Primero, el ceño de la mujer se frunció. Luego, poco a poco se fue desarrugando. Finalmente, se echó a reír.

—Muchacho, monte a caballo y enséñenos la espalda... ¡Ahora mismo!

—Usted no ha entendido...

—¡Lo he entendido perfectamente! Demonios, ¿por qué no le vende usted mismo unas pocas tierras a esta señorita?

—Bueno, eso es cuestión mía, ¿no?

—Pues mis tierras son cuestión mía. Buenas tardes.

—La señorita Howard pagaría hasta cinco mil dólares por sus tierras, señora Mathers.

—¿Y qué?

—¡He dicho cinco mil dólares!

—Y yo digo que no vendo. Si quieren café, pasen a la casa. Si ha de seguir hablando de eso, no tenemos más que conversar.

—Atienda, señora Mathers: si cree...

—Norman.

Norman Rubin y Julie Howard se volvieron hacia donde había sonado la voz.

Y allá estaba Rom Dukey, sentado bajo un roble, con la espalda apoyada en el tronco, y fumando como si estuviese muerto de aburrimiento.

—Rom... ¿Todavía estás aquí?

El hombre con revólver bostezó, echando humo por boca y nariz.

—Yo juraría que sí, Norman. Adiós.

—Oye, he venido...

—Lo he oído todo. Todo. Así que, puesto que la respuesta de la señora Mathers es negativa, tú y tu linda acompañante podéis continuar el paseo por otro lado.

Norman Rubin enrojeció violentamente, Rom estaba como a treinta pies de ellos, tumbado como si tuviese proyectado continuar durmiendo, apoyado en el tronco, en cuanto él y Julie se marchasen.

—¿Quién te has creído que eres? —masculló Norman.

—Un empleado de la señora Mathers. ¿Y tú?

—¿Cómo?

—¿Quién te has creído que eres tú?

Norman apretó los puños y adelantó un paso hacia Rom. Éste ni siquiera se movió. Continuó fumando tranquilamente. Y entonces Norman Rubin se llamó a engaño. Avanzó más, hasta detenerse delante de Rom Dukey, y dijo:

—Levántate.

—Estoy cómodo así —se negó Rom.

Rubin se inclinó y sus manos aferraron las solapas de la cazadora de Rom Dukey. Pero cuando iba a dar el tirón para ponerlo en pie, oyó un suave y bien engrasado «cri-cri», y la punta del cañón del revólver de Rom se clavó en su estómago.

—Te aseguro que voy a disparar si no me sueltas. Norman.

Éste palideció. Los rostros de ambos hombres estaban muy cerca uno de otro. El de Norman, pálido, crispado. El de Rom, tranquilo, como aburrido.

Rubín se pasó la lengua por los labios.

—Ya ni siquiera eres capaz de pelear con los puños, ¿en? —masculló.

—Me parece una tontería malgastar mis fuerzas en eso, Norman. Otro día que me encuentre más animoso, te romperé la cabeza. Pero hoy déjame tranquilo... ¿Sí?

Norman Rubín notó una mayor presión del revólver en el estómago. Soltó a Rom, se enderezó y regresó junto a las mujeres.

—Vámonos, Julie —la ayudó a montar, montó él y se volvió hacia las Mathers—. Algún día, señora Mathers, se arrepentirá de tener con ustedes a ese matón: sólo va a traerles disgustos.

—De momento —sonrió Dorothy— es usted quien se lo ha llevado, Norman... Me refiero al disgusto.

Rubín encajó las mandíbulas y ya no dijo nada más. Poco después, él y su acompañante se perdían de vista. Rom se levantó entonces y fue hacia la casa.

—Lo siento —dijo—. Mi intención era buena, pero creo que él tiene razón; sólo voy a proporcionarles disgustos.

Dorothy le estuvo mirando fijamente unos segundos como analizándole.

—Venga conmigo, Rom.

Entraron los tres en la casa. La señora Mathers se dirigió al lar, metió la mano en un hueco de un lado de la chimenea y sacó un paquete pequeño, envuelto en tela. Lo tiró a las manos de Rom. Éste miró desconcertado a la mujer.

—Ábralo.

Rom obedeció. Y un fajo de billetes de cien dólares apareció ante sus ojos, enrollado y atado con una cinta.

Rom Dukey, se quedó con la boca abierta, contemplando los billetes, nuevos y crujientes.

—Pe... pero aquí hay... mucho dinero...

—Así es, Rom.

—Bueno..., usted dijo que no tenía...

—No es mío, Rom.

—Ah... Bien... Bueno, ¿qué hago con él? ¿Debo entregárselo a alguien?

—Ya está en manos de su dueño.

—Señora Mathers, no comprendo.

—Es dinero de su madre, Rom. Me lo entregó poco antes de morir. Dijo que usted volvería y que, si continuaba siendo el mismo muchacho honrado y bueno que se marchó, yo debía entregarle el dinero. Pero si regresaba convertido en un pistolero asesino, el dinero sería para mí. Ella estaba segura de que usted no iba a ser peor por el hecho de llevar un revólver. Y veo que tenía razón. Bien, cumplí lo que prometí a su madre, Rom: ahí tiene el dinero. Hay tres mil dólares.

Rom Dukey estaba pálido. Miraba de una a otra mujer como si jamás hasta entonces las hubiese visto.

—¿Quién sabía esto, señora Mathers?

—Dolly y yo.

—¿Nadie más?

La señora Mathers sonrió levemente.

—Su madre, Rom.

—Ustedes han podido... quedarse este dinero.

—Claro.

Rom Dukey se guardó el dinero, adelantándose hacia las mujeres, y puso una mano en un hombro de cada una, pasando su mirada de unos a otros ojos. Asintió varias veces con la cabeza. Luego se apartó de ellas, caminando hacia la puerta. Allí se volvió y dijo:

—Veamos qué tal bazofia preparan para cenar hoy. Estaré de vuelta dentro de un par de horas.

Y salió de la casa.

Dolly miró a su madre.

—Mamá... —susurró—, él se va a marchar, se irá de aquí para siempre. Ha ido a comprar sus tierras a Cranston.

—Eso creo. Pero volverá para la cena.

—Pero luego se marchará..., se irá de esta casa, a la suya... ¿Qué haré yo cuando él se vaya?

—Tendrás que trabajar más. Hemos tenido ya tres días de maravilloso descanso, Dolly.

—Es que no..., no me refiero a eso...

Dorothy Mathers acarició las mejillas a su hija.

—Ya lo sé, pequeña —musitó—. Ya lo sé...

Oyeron el galope del caballo de Rom perdiéndose en la distancia. Pero esta vez Dolly no fue a mirar. No habría podido ver nada, de todas maneras, pues tenía los ojos llenos de lágrimas silenciosas, grandes, que resbalaban suavemente hacia su bonita boca algo infantil.

CAPÍTULO VI

Sam Cranston estaba en la tienda de Pops llenando la pipa mientras el tendero iba amontonando el pedido sobre el mostrador. Los dos miraron hacia la puerta cuando la oyeron abrirse. Y los dos evidenciaron cierto desagrado; muy poco por parte de Pops. Rom se acercó a ellos sonriendo.

—Hola, Pops. Buenas tardes, señor Cranston.

—Hola, Rom —contestó Pops— Sam Cranston no contestó. Continuó llenando la pipa como si no hubiese oído nada.

Rom se acercó al mostrador, se subió el sombrero con un pulgar y se acodó, de lado en la madera.

—Estuve en su casa señor Cranston —el hombre le miró sin contestar, simplemente alzando las cejas—. Me dijeron que estaba por aquí. Bueno, tengo algo de qué hablarle.

—Usted y yo no tenemos nada de qué hablar, Dukey.

Rom hizo de tripas corazón y continuó sonriendo amablemente.

—Yo... quería comprarle mis tierras si no le parece mal.

La boca de Cranston se abrió, mostrando estupefacción.

—¿Está hablando en serio? —gruñó.

—Sí, señor. Esto... Bien, he pensado que a usted no le importaría... comprar otras.

—¿Y por qué he de hacer eso? Hágalo usted, y en paz.

—Eee... Admito que tiene razón... Sí, señor; la tiene. Pero he pensado que esas tierras son para usted iguales a otras tierras. Y..., para mí, tienen un gran significado. Le pagaría... más de lo que usted dio a mi madre. Claro que ahora —sacó el rollo de billetes de cien dólares—, de momento sólo podría darle tres mil dólares. Dentro de unos días le daría quinientos más... ya sabe que..., que llegarán un día de éstos, por aquello de... Bueno el hombre que maté... Le daría este dinero, y los quinientos... Le juro que el resto, hasta lo que usted me pida, se lo pagaría lo más pronto posible.

—No puedo hacer eso, Dukey.

Rom inclinó la cabeza.

—Claro... Me lo temía. Yo... le comprendo a usted, señor Cranston. Comprendo que no pueda hacer eso.

—Celebro que lo vea así, Dukey.

—Bien... —Rom se guardó el dinero—. Al menos quisiera tener la seguridad de que cuando reúna todo el dinero... Bueno, espero que entonces usted me venda mis tierras.

Sam Cranston frunció el ceño.

—Ahora son «mis» tierras, Dukey.

—Oh, sí, claro...

—Y quiero que se entere de algo; jamás voy a venderle a usted esas tierras. Me pague lo que me pague, no voy a hacerlo. Por mí se puede usted ir al mismísimo infierno, así que déjeme en paz de una vez. Y quítese de la cabeza esa idea de recuperar sus tierras, Dukey. Márchese por ahí a pasear ese revólver. Nadie le va a admitir ya jamás aquí, en Ropesville. ¡Váyase al diablo!

Pops miraba a Rom Dukey con los ojos muy abiertos, asustada la expresión. Pero si esperaba una reacción violenta por parte del muchacho, al que conocía desde muchos años atrás, quedó defraudado.

Muy pálido, Rom estuvo mirando fijamente a Cranston unos segundos. Luego, se bajó el sombrero, dio la vuelta y se dirigió a la puerta. La abrió y salió.

Inmediatamente, alguien le quitó el revólver, y unas fuertes manazas le empujaron contra la pared. Como en un sueño, Rom vio volar su revólver hacia el centro de la calzada. Pero enseguida quedó oculto a su vista, por el muro formado por los cinco hombres que le acorralaron contra la pared, cortándole el camino hacia el arma.

—Si quieres tu revólver, Rom, sólo tienes que pasar por entre nosotros —rió Norman Rubin.

Además de éste, estaban los tres hermanos Bennet, y Vincent Reles. Los cinco eran tan altos y fuertes como Rom Dukey, por lo menos. No llevaban una sola arma pero tampoco la necesitaban.

Rom no se movió. Una rápida mirada a su alrededor le permitió darse cuenta de que aquello iba a ser un gran espectáculo para la gente de Ropesville, que se iba lanzando a la calle dispuesta a presenciar la pelea. La paliza...

—Dejadme tranquilo, Norman. Es un buen consejo: todavía no sabéis vosotros las cosas malas que he aprendido por ahí. No me obliguéis a ponerlos al corriente...

Norman adelantó un par de pasos, rápidamente, y clavó un puñetazo en los labios de Rom, aplastándole la cabeza contra la pared de la tienda. Inmediatamente, retrocedió, sonriendo, para tapar el hueco que había dejado en el semicírculo de castigó.

—Eso te enseñará a no ser tan fanfarrón, Rom. ¿Qué eres ahora sin tu revólver, eh? ¡Nada! ¡No eres nada!

Rom tragó serenamente la sangre que brotaba de sus labios.

—Si tú eres más que yo, Norman, pelea conmigo sin ayuda de nadie.

—¿Para qué? Será más cómodo así, Rom... Igual que antes, cuando tú me amenazaste con el revólver. ¿Por qué he de molestarme en recibir unos cuantos golpes tuyos? Anda, ven a recoger tu revólver, hombre.

Rom los miró uno a uno.

—Estaba convencido de que la gente de Ropesville era pacífica, honrada. Nunca creí que fueseis realmente cobardes todos los habitantes de este pueblo.

—Deja tranquilos a los demás, hombre —rió Rubin—. Ellos no tienen nada que ver con esto. Es cosa mía, de Vincent, que te tiene unas grandes ganas, y de los Bennet, que también están deseando zurrarte por matón. Sólo será una pequeña paliza... particular, no de la comunidad. Un pequeño desahogo. Rom, compréndelo.

—Te escuece la humillación de antes delante de la chica, ¿eh?

Norman Rubin palideció de rabia. Adelantó de nuevo y quiso golpear a Rom. Éste alzó una pierna y el pie encajó duramente en el bajo vientre de Norman Rubin, que saltó hacia atrás, súbitamente pálido.

Pero la pierna herida de Rom se resintió lo bastante para fallar, y el hombre con revólver cayó al suelo, medio sentado. Vincent Reles se adelantó entonces, le agarró por las solapas, le puso en pie y le clavó una rodilla en el vientre, empujándole hacia los Bennet. El menor de éstos le recibió con una mano adelantada para frenarlo. Inmediatamente, le empujó hacia el hermano mayor de un directo a la barbilla que resonó con claro chasquido en la calle.

Norman Rubin se había puesto en pie, vacilante, todavía pálido.

—Dejádmelo... ¡Dejádmelo!

Tom Bennet tiró a Rom hacia Rubin, cuyo puñetazo en el estómago dobló a Rom Dukey violentamente, un rodillazo en pleno rostro le enderezó, tirándole de nuevo hacia Reles... que recibió un directo en plena nariz. Un directo cargado con la fuerza del impulso y con la propia del brazo de Rom Dukey. Un directo que reventó la nariz y tiró a Reles, despatarrado y boca arriba, sangrante, a la calzada.

El mediano de los Bennet atrapó a Rom por un hombro y lo volvió rudamente, dispuesto a reventarle la cara de un puñetazo. Lo recibió él, en un ojo; la ceja se partió, incrustada contra el hueso, y Carl Bennet chocó contra un poste del porche, que se estremeció y crujió.

Pero Tom Bennet también estaba allí. Juntó los puños y los descargó durísimamente contra los riñones de Rom, aplastándole contra el suelo. Lo recogió enseguida, por el cuello de la cazadora, echó un puño hacia atrás y tiró a Rom hacia Norman, de un puñetazo que abrió la carne del pómulo del hombre con revólver... pero desarmado entonces.

Norman Rubin hundió su puño derecho en el estómago de Rom le enderezó de un gancho en la barbilla y le tiró hacia Leo Bennet de un directo en la nariz. Leo Bennet recibió a Rom con un rodillazo en el vientre, le enderezó con los dos puños juntos golpeándole en la barbilla y luego, con uno sólo, le tiró contra la pared.

Tom Bennet, Vincent Reles y Norman Rubin se abalanzaron hacia Rom. Norman le despegó de la pared, aullando:

—¡Veremos si después de esto te quedas en Ropesville...!

Los tres se dedicaron de lleno a golpear a Rom, que rebotaba una y otra vez contra la pared. El muslo izquierdo estaba lleno de sangre que brotaba de la herida recibida días antes, abierta cuando ya estaba cicatrizando. Y también había sangre en el costado de Rom Dukey:

—¡Te enseñaremos a pelear, Rom, te demostraremos...!

¡Bang-boiiinggg...!

El rebote de la bala se oyó como pegado al estampido del disparo. El plomo dio sobre las cabezas de los que peleaban y rebotó agudamente hacia un lado.

Rom Dukey quedó libre, pegado a la pared, jadeante, a punto de desvanecerse, mientras sus castigadores se volvían hacia la calzada.

Había allá como media docena de jinetes. Uno de ellos tenía el revólver en la mano todavía humeante, y miraba hacia allá con una extraña sonrisa que parecía helada. Los demás estaban indiferentes, inexpresivos los duros semblantes. Ni uno solo de ellos llevaba menos de un revólver; había rifles en las sillas de montar... y los revólveres colgaban muy bajos en las piernas.

En el silencio que siguió al disparo, el hombre que había disparado acercó su caballo a la acera, se detuvo allá y apoyó un codo en el pomo de la silla, siempre sonriente.

Miró uno a uno a los cinco agricultores. Luego, su mirada se posó en Rom Dukey.

—¿Cómo te va, Rom? —preguntó.

Rom aspiró profundamente.

—Hola, Phil.

Phil Schober sonrió un poco más humanamente.

—¿Puedo servirte en algo, Rom?

Éste miró hacia la calzada, Phil Schober siguió aquella mirada y vio el revólver sobre el polvo. Se volvió hacia el grupo de hombres que esperaban en silencio y dijo:

—Dáselo, Sholers.

Uno de los pistoleros se despegó del grupo, acercando su caballo adonde estaba el revólver. Con notable agilidad se inclinó hacia el suelo, sin desmontar, y recogió el arma. Luego se acercó a la acera y lo tiró hacia Rom, que cazó el revólver al vuelo y se quedó inmóvil.

Norman Rubin y compañía palidecieron intensamente cuando la mirada de Rom fue hacia ellos. Pero el hombre con revólver se limitó a soplar el polvo que ensuciaba su arma y luego la enfundó.

—¿Eso es todo, Rom? —inquirió Schober.

—Es todo, Phil..., por ahora.

—Muy bien, tú sabrás. Oye, ¿puedes indicarnos un hotel? Ya sabes, el mejor, claro.

Rom lo señaló:

—Ahí lo tenéis: Royal Hotel. Estáis de paso, o... ¿o vais a quedaros?

—Creo que tendremos que quedarnos aquí unos días.

—Comprendo.

—Esto... ¿Necesitas un trabajo, Rom?

—Tengo ya uno. En una granja, Phil.

Phil Schober se asombró de veras.

—¿Tú? ¿Tú, Rom, destripando terrones?

—Así es. Las tierras pertenecen a una mujer llamada Dorothy Mathers, y están como a tres millas al sur del pueblo. La granja es fácil de reconocer, porque todo está recién reparado y pintado.

—Entiendo... Entiendo, Rom. ¿Algo más?

—No.

Adelantó hacia el borde de la acera de tablas, y Norman Rubin, Reles y los Bennet se apartaron, cediéndole el paso como si quemase. Rom ni siquiera les miró. Bajó a la calzada, desató a su caballo de la barra y montó un tanto pesadamente, lleno de sangre el rostro, el costado y la pierna izquierda.

Justo en aquel momento, un carro entraba a toda velocidad en Ropesville, por el Norte, levantando grandes oleadas de polvo. En el pescante, dos hombres aullantes:

—¡Ganado! —chillaban a todo pulmón—. ¡Cientos, miles de vacas! ¡Están llegando por el Norte, arrasando todos los sembrados de allá, arrancando las alambradas...! Han pasado ya por las tierras de Dean, y no han dejado nada entero... ¡Están bajando hacia el valle grande. Miles de vacas!

Todo Ropesville se lanzó a la calle. El carro quedó rodeado en pocos segundos. Los Bennet, Reles y Rubin también fueron hacia allí para enterarse bien de lo que se les venía encima.

Rom Dukey se limitó a mirar a Phil Schober y a sus hombres, los cuales sonreían sardónicamente.

—¿Qué te parece? —ensanchó Schober su sonrisa.

Rom encogió los hombros.

—Sabía que tarde o temprano esto pasaría también en Ropesville.

—¿Y de qué parte vas a estar, Rom?

—De la mía.

—¿Agricultores, Rom? —frunció el ceño Phil Schober.

—No. He dicho de la mía, Phil.

—Lo tendré en cuenta.

Rom asintió con la cabeza mientras aceptaba:

—Está bien. Hasta la vista.

—Hasta la vista, Rom.

Dolly abrió la puerta cuando oyó las pisadas de Rom en el porche. Había una sonrisa de esperanza en el rostro de la muchacha cuando empezó a preguntar:

—Rom, ¿va a quedarse con...? ¡Rom!

Dukey entró abruptamente en la casa.

—No es nada —gruñó—. Sólo necesito agua caliente y un par de vendas, Dolly.

Pero ella no podía moverse. Notaba el temblor en las piernas. El de su barbilla era perfectamente visible.

—Dios..., Dios mío, Rom... ¿Qué le ha pasado?

—Calienta agua, Dolly —refunfuñó su madre—. Yo traeré las vendas. ¡Muévete!

Rom se dejó caer en una silla.

—Me caí del caballo. Como se me hizo de noche en el regreso no vi una zanja. Bueno, el caballo tropezó.

—No diga tonterías —gruñó Dorothy Mathers—. O diga la verdad, o cállese. Iré por las vendas.

Dolly había colocado ya el agua en el fuego. Se acercó a Rom, se arrodilló ante él y le tomó una mano.

—Rom..., Rom...

—Estoy bien, Dolly —sonrió él.

Y, al hacerlo, brotó sangre de sus labios reventados, de su pómulo abierto, de la barbilla; tenía un ojo casi cerrado y la cara magullada y marcada completamente por hematomas. A duras penas consiguió contener el gemido de dolor.

—Dios mío, Rom...

Dos lágrimas grandísimas aparecieron en los ojos de la muchacha, que se llevó la mano de Rom a los labios, y luego bajó la cabeza hasta ocultar su rostro en la mano de Rom, sobre las rodillas de éste.

Dorothy Mathers encontró así a su hija segundos después, cuando apareció en el comedor procedente de su dormitorio. Se detuvo bruscamente, y su mirada chocó con la de Rom Dukey. Luego miró a su hija, de nuevo a Rom y, finalmente, se dirigió al lar. Dolly alzó la cabeza al oírla, pero no se apartó de junto a Rom ni soltó la mano de éste.

—He peleado —dijo de pronto Rom.

Dorothy se volvió.

—Eso sí lo creo. ¿Con quién?

—Con Norman Rubin.

—¿Y cuántos más?

—¿Cuántos más?

—No va a decirnos que eso se lo ha hecho un hombre solo.

—Oh, estaba allí Vincent Reles, el... Bueno, el novio de Susan ahora.

—¿Y quién más?

Rom carraspeó.

—Los Bennet.

—¿Los tres?

—Sí.

—¿Le han pegado entre cinco, Rom?

—Sí. Me quitaron el revólver por sorpresa... Eee... Bueno, yo también les he zurrado a ellos.

—Oh, claro, claro. ¿Qué piensa hacer contra ellos?

—Nada, Ya están perdidos.

—¿Por qué? ¿Qué quiere decir eso, exactamente?

—Han llegado unos pistoleros a Ropesville. Son los que protegerán a los ganaderos... Mejor dicho, los que vigilarán que los agricultores no se metan con el ganado.

—¿Qué ganado?

—El que está invadiendo ya los valles, por el Norte. Miles de vacas, señora Mathers.

—¡Por Dios...!

—Ya han metido ganado en algunos sembrados y han arrasado las tierras de Dean, arrancando alambradas, llevándose todo por delante. Ahora se dirigen hacia el valle grande. Seguramente se han detenido ya, pero mañana seguirán hacia allá, hacia las tierras de Rubin, Ladd, Grayson, Bennet, Burr... Y creo que vienen para quedarse. Arrancarán todas las alambradas y el ganado lo destrozará todo. Sí, van a quedarse.

—¿Cómo sabe eso? —gimió Dorothy.

—Conozco a uno de los pistoleros. Es... Bueno, es más o menos amigo mío. Lo conocí hace dos años, cuando me marché de aquí. Él, ya estaba peleando a favor de los ganaderos, lejos de aquí, hacia el Norte. Yo... peleé con él...; quiero decir a su lado...

—¡Rom!

—Fue..., fue poco tiempo. Entonces comprendí que yo amaba la tierra y... Hubiese querido volver entonces, pero...

—El orgullo, ¿eh?

Rom inclinó la cabeza.

—Sí —musitó—. No quise reconocer mi error ante padre... Entonces me fui de allí, y... y ya siempre estuve peleando a favor de los agricultores. Phil no sabe esto...

—¿Quién es Phil?

—Phil Schober. Es un pistolero muy... muy rápido. Él se ha asombrado de verme junto a los agricultores, de saber que tengo un empleo de esta clase..., destripando terrones. Estuvimos juntos más de dos meses. Le he dicho que trabajo en esta granja.

Dorothy Mathers sonrió cariñosamente:

—Ha debido sufrir mucho, Rom, ¿no es así?

Rom Dukey, encogió los hombros.

—Debí volver enseguida... ¡Maldito orgullo estúpido...! Si al menos hubiese sabido que padre había muerto, habría vuelto antes.

—¿Qué más da? Está ya aquí y eso es todo. ¿Por qué le ha dicho a ese Schober que está trabajando aquí?

—Espero que respeten estas tierras y estas alambradas. Si no lo hace...

—¿Qué pasará si no lo hace?

—Tendré que matarlo.

—Rom, por Dios...

—A él y a otros. Usted no conoce a esa clase de gente, señora Mathers. Para ellos la muerte forma parte de su oficio. Yo fui como ellos. Quizá menos malo, menos... indiferente a la muerte. Pero sé disparar tan bien como... Sí, tan bien como el propio Phil Schober. Y él lo sabe.

—¿Y...?

—Quiero decir que no se meterá conmigo.

—Si se lo ordenan...

—Él convencerá a su patrón, le dirá que no importan unos pocos acres más o menos de pastos ni de alambradas. Y por el bien de todos, espero que Phil convenza a su patrón de que debe dejarme en paz.

Dorothy Mathers lo miraba fijamente.

—Burton Rubín le llamó a usted «ese hombre con revólver...». Ahora comprendo todo lo que él pensaba y sentía al decirlo: les tienen, él y los otros, un pánico atroz a los hombres como usted, Rom. Para ellos, decir «ese hombre con revólver» es tanto como decir «esa mala hierba que hay que arrancar...».

—Lo sé... Lo sé señora Mathers... Pero, a veces, la mala hierba sirve aunque sólo sea para sujetar la tierra firme en su sitio, para impedir que se convierta en polvo y el viento se la lleve...

CAPÍTULO VII

Phil Schober suspiró cuando metió su caballo bajo la sombra de la hilera de olmos cercana al arroyo. El sol apretaba furiosamente, y cabalgar no era precisamente un trabajo descansado.

Vio el calesín a unas cien yardas, en una depresión aún más sombreada, y sonrió. Dirigió su caballo hacia allí, desmontó junto al calesín y ató las bridas a éste.

Sólo entonces se dirigió a donde estaban el hombre y la mujer.

Prestó atención solamente a la mujer de momento.

—Buenos días; señorita Howard.

Ella le sonrió con cierta desgana.

—Hola, Phil. ¿No quiere sentarse?

Schober miró entonces al hombre, pero permaneció impassible. No pareció reconocerlo.

—Estoy bien de pie. Supongo que no tenemos gran cosa que hablar, señorita Howard. Todo está saliendo como pensamos.

—Es mejor que se siente, Phil —Schober obedeció entonces, y se dedicó a liar un cigarrillo, parecía muy sombrío—. ¿Conoce al señor Rubin?

El pistolero engomó el cigarrillo, miró a Norman Rubin y esbozó una inexpresiva mueca.

—Lo conozco. Lo vi ayer apenas llegar a Ropesville... Es de esa clase de valientes a los que da gusto meterles una bala en el estómago.

Norman Rubin se mordió los labios y miró de reojo a Julie Howard. Ésta consiguió una de sus mejores sonrisas, dedicada al pistolero.

—Tendrá que esforzarse en tratar de otra manera al señor Rubin, Phil; está de nuestro lado.

El pistolero acabó de encender el cigarrillo, sopló la cerilla y la tiró al arroyo.

—Tiene todo el aspecto de un destripaterrones —comentó.

—Es un destripaterrones —aceptó Julie Howard—. Pero dejará de serlo muy pronto. Me ha estado ayudando desde que llegué, Phil. Hay que tener en

cuenta eso.

—Está bien. Lo tendré en cuenta.

Norman Rubin se atrevió a hablar entonces.

—Pero que sea de un modo definitivo, Schober —gruñó.

—Yo siempre hago las cosas de un modo definitivo —deslizó secamente el pistolero.

—Ayer tarde no las hizo. Debió matar a Rom Dukey, no meterse conmigo y mis amigos.

—En primer lugar, señor Rubin, yo sólo vi a unos tipos con facha de agricultores ensañándose con un pistolero. En segundo lugar, y digo esto para que quede bien sentado desde ahora, Rom Dukey es amigo mío.

Norman frunció el ceño.

—Tendrá que olvidar esa amistad, Schober.

—¿Igual que la ha olvidado usted?

—Todavía más olvidada.

—Un momento, un momento —intervino la bellísima Julie—. ¿Qué es eso de que Rom Dukey es amigo suyo, Phil?

—No creo que sea tan difícil entender, señorita Howard. Rom es amigo mío y todo está bien claro, supongo.

—No tan claro —rechazó la mujer—. Ha de saber, Phil, que ese Dukey ha estado peleando hace ya tiempo a favor de los agricultores.

—Tendría sus motivos —y Schober sonrió—: quizá le pagan mejor que los ganaderos.

—Rom Dukey es agricultor hasta los huesos. Por eso ha peleado con los agricultores. ¿No lo sabía?

—Conocí a Rom hace como dos años. Luego nos separamos y ya no he vuelto a saber de él hasta ayer tarde.

—Bueno, pues ese hombre estará en todo momento contra nosotros. Le vi el mismo día que llegó a Ropesville. Luego me encontré, aquí con Norman, como casi todos los días, y ya se lo dije. Quedamos, en que convenía quitarlo de en medio. —Julie Howard hablaba con absoluta naturalidad y frialdad—. Entonces, cuando él regresó al pueblo, Norman le habló, de acuerdo con lo convenido con Curley y Storm, para que ellos supiesen a quien tenían que matar. El tal Dukey se metió en un saloon y estuvo allá casi hasta la medianoche. Storm y Curley le esperaron y, cuando salió, dispararon contra él.

—Espero que Curley y Storm tendrían un entierro decente —rió Phil Schober.

—¿Sabía ya que Dukey los mató?

—No lo sabía: Pero conozco a Rom. Además, él está vivo, ¿no es así? Y no he visto ni a Storm ni a Curley.

—Los mató —musitó Julie—. Por eso le hemos estado esperando a usted, Phil.

—¿Quiere que yo mate a Rom?

—Sí.

—No lo haré.

—¿Cómo? —exclamó la mujer.

—No quiero matar a Rom.

—¡Pues tendrá que hacerlo! ¡Hemos estado esperando su llegada principalmente para eso, Phil!

—¿Por qué demonios hay que matarlo?

—Es nuestro único enemigo. Si el muere, los agricultores no tendrán a nadie peligroso a su lado. ¿No basta eso?

—Rom no piensa ayudar a nadie, señorita Howard. Ignoro sus motivos, pero no piensa hacerlo. Me dio a entender claramente que él estaba solo y que sólo va a pelear por su propio interés y sus propios asuntos. Negó estar de parte de los agricultores.

—Le han estado molestando —admitió Julie—. Pero él peleará a su favor, a pesar de todo.

—Mientras no haga eso no voy a meterme con Rom.

Julie Howard comprendió que el pistolero estaba hablando completamente en serio. No lo hacía para que le ofreciese una recompensa especial, por matar a Rom Dukey, no... Hablaba sinceramente: no quería molestar a Rom Dukey.

—Escuche esto, Phil: cuando yo llegué aquí, hace ya cuatro semanas, comprendí que éste es un lugar muy bueno para mis manadas. Conocí a Norman y fui dejándole comprender lo que me proponía. Le dije que estaba aquí buscando un buen lugar para mi ganado. Le hice comprender que todos saldríamos ganando si nos dedicábamos a la cría de reses. Es menos penoso que trabajar la tierra. Nadie en Ropesville admitiría esto, pero nosotros lo sabemos. Por lo tanto, vamos a establecernos aquí.

—¿En qué tierras?

—En el valle grande.

—Sí..., el ganado está esperando en lo alto para bajar a ese valle. Pero está lleno de alambradas y sembrados. Sepan...

—Sabemos todo eso —cortó hoscamente Norman—, porque buena parte de esas tierras sembradas y alambradas son mías.

—¿Y dejará que el ganado lo destruya todo? —preguntó incrédulamente Schober.

—Sí. Luego compraré ganado y todo me irá mejor. Mi padre tendrá que comprenderlo así, Schober.

—¿Su padre? Entonces, ¿no es usted el dueño principal de esas tierras?

—No.

Phil Schober parecía bastante desconcertado. De pronto creyó comprender y miró burlonamente a Julie.

—¿Cuánto le ha ofrecido al muchacho por hacer esta canallada con los suyos, señorita Howard?

—¡Oiga...!

Julie contuvo a Norman.

—No se trata de dinero, Phil —explicó—. Hay algo... mucho más personal..., íntimo, entre Norman y yo.

—Ooooh... Bueno, creo que comprendo.

—Así está mejor —sonrió Julie poniendo una de sus manos sobre una de las de Norman Rubin—. Nosotros estamos procurando hacer las cosas... pacíficamente, Phil.

—¿Matando a Rom? ¿Eso es hacer las cosas pacíficamente?

—Intentamos comprar las tierras a Dorothy Mathers, la propietaria de la granja donde está Dukey. Así conseguiríamos que él tuviese que marcharse, y un punto donde alojar nuestro ganado de modo... inicialmente legal. Pero se negaron a vender.

—Voy comprendiendo. Los demás agricultores no son capaces de hacer frente a nuestros hombres. Rom, sí. Entonces nos deshacemos de él y, con todo derecho, su ganado podrá ocupar parte de esas tierras y, poco a poco, extenderse por todo el valle. ¿Estoy en lo cierto?

—Exactamente eso es lo que queremos. Pero como nadie vende sus tierras y no podemos establecernos... legalmente, el ganado ha de entrar en el valle «como sea».

—Están esperando que yo les lleve sus instrucciones, señorita Howard.

—Pues ya sabe cuáles son: adelante con el ganado.

—Está bien. Puede que haya... resistencia. ¿Tiramos a matar?

—No. De momento, no.

—¿Qué ganará él con todo esto, concretamente? —señaló Schober a Norman.

—Bueno... Se supone que cuando nos casemos, la cosecha perdida no tendrá importancia —se sonrojó un poco Julie Howard.

—Caa... ramba... —exclamó finamente Phil Schober—. Bueno, de todos modos él es un traidor bastante cochino, ¿eh?

—¡Ya está bien, Phil!

—Sí, señorita Howard. ¿Tiene algo más que mandarme?

—Nada más.

—Sí, hay algo más —gruñó Norman—. ¡Que mate a Rom!

Schober se puso en pie y Julie, que lo estaba mirando, comprendió cuál era la postura que más convenía adoptar con respecto al pistolero.

—De momento dejaremos correr ese asunto —apaciguó—. Veamos primero qué es lo que ocurre en el valle. Es posible que Rom Dukey se marche antes de que tengamos que matarlo.

Phil Schober soltó una carcajada. Los miró a los dos con misericordia, montó a caballo, y se marchó del paradisíaco lugar.

* * *

Hacia el anochecer, Rom Dukey vio el resplandor del incendio, a lo lejos. Estaba sentado en una mecedora, en el porche, hinchado el rostro pero más aliviado en general en cuanto al dolor.

Dolly siguió la dirección de su mirada.

—¡Oh! ¡Hay fuego allí abajo!

—Ésa es la granja de los Grayson —explicó serenamente Rom—. Los pistoleros de Schober la han incendiado.

—Pero... ¡no pueden hacer eso!

—Pues, lo han hecho. Hasta es posible que hayan dejado heridos a su paso con el ganado. Incluso algún muerto, Dolly.

—¡Tendríamos que ir allá...!

—¿Para qué? No es asunto nuestro.

—¡Pero quizá nos necesiten!

—Quizá no; «seguro» que nos necesitan.

—¿Entonces...?

—Ya pedirán ayuda —Rom sonrió duramente—. Ellos que vayan pidiendo ayuda, sí...

Pero nadie pidió ayuda durante los tres días siguientes, a pesar de que hubo tres incendios más, y el tronar de los disparos llegó hasta la granja de los Mathers mezclado con el viento. En esos tres días, Rom Dukey se dedicó a descansar, y sus heridas fueron sanando rápidamente: No se alejó ni siquiera cien yardas de la casa.

El segundo día había pasado ganado muy cerca de las tierras de las Mathers. Al principio pareció que fuesen a llevárselo todo por delante, destrozando los pocos y deficientes sembrados. Pero un jinete arregló la situación dando rápidas órdenes, y la manada se desvió lo suficiente como para que ni una sola pezuña hollase las tierras de las Mathers, ni una sola alambrada fuese arrancada.

A media tarde de aquel tercer día, un jinete se recortó nítidamente en el horizonte, cabalgando hacia la casa de las Mathers.

Rom fue el primero en reconocerlo.

—Ahí viene Susan —dijo.

Dolly miró hacia allá, sobresaltada. Luego se mordió los labios, se puso en pie y caminó hacia la puerta con evidentes intenciones de entrar en la casa. Ya en el umbral, se volvió, esperando, deseando, las palabras de Rom Dukey indicándole que debía quedarse allí.

—Es Susan, mamá —gimió tenuemente.

—No te aflijas todavía. Espera a ver qué es lo que tienen que decirse ella y Rom.

—Viene..., viene a por él... ¡Se lo llevará!

—Quizá sea lo más lógico, hija. Las cosas no siempre suceden a gusto de todos.

Mientras tanto, Susan Rubin había llegado ante la casa de las Mathers. Sin bajar del caballo, se quedó mirando a Rom Dukey, que a su vez la contemplaba serenamente.

—Rom...

Dukey se puso en pie, y caminó hasta el borde del porche.

—¿Cómo estás, Susan?

—Yo... Bien, Rom, bien.

—Lo celebro —la voz de él era amable y reposada—. ¿Quieres desmontar?

—He... he venido a hablar contigo, Rom.

—¿Precisamente conmigo?

—Sí.

—Bien, te escucho.

—Es... una cuestión personal.

Rom permaneció inmóvil y silencioso unos instantes. Luego, susurró:

—Iré a por mi caballo.

—Rom, si no estás en condiciones...

—Estoy en condiciones de todo, Susan. Soy asquerosamente duro y fuerte. No tardo ni dos minutos.

Y así fue. Entró en el corral y salió enseguida montando ya su caballo.

Tras la ventana, las Mathers le vieron reunirse con Susan Rubin, decir algo, sonriente, y luego los dos se alejaron juntos.

Dorothy Mathers miró a su hija:

—Es mejor que empecemos ya a preparar la cena Dolly.

—¿Para qué? —musitó la muchacha—. Él ya no va a volver...

* * *

Susan Rubin puso una de sus manos sobre un brazo de Rom. Estaban tumbados bajo un roble, sobre una pobre capa de hierba. El sol marcaba una estridencia roja en el Oeste.

—Rom, ¿podrás perdonarme?

—¿Perdonarte, Susan?

—¡Me porté tan mal contigo, Rom...!

—¿Mal?

—Rom —la voz de la muchacha bajó de tono—, yo te quiero... No me mires así... Te quiero de verdad, Rom, créeme.

—Si tú lo dices, yo te creo, Susan.

—Sé... sé que hice mal en permitir que creyeses otra cosa hace días, cuando regresaste y estuviste en casa... Temía la reacción de mi padre.

—Lo comprendo.

—Creí que nunca volverías ya... Por eso, cuando Vincent me pidió que fuese su novia yo..., yo acepté ¡Rom, creí que nunca más volverías! Y luego, mi padre delante de nosotros... No me atreví a enfrentarme a él, Rom.

—Es natural.

—Rom, tú..., ¿tú me quieres todavía?

Rom Dukey pasó una mano por la fina garganta de Susan, sonriendo levemente.

—Tanto como tú a mí, Susan.

Ella se acercó más.

—Estamos... Todavía estamos a tiempo de... de arreglar las cosas, Rom.

—Así es.

—Si tú quieres, será como si nada hubiese ocurrido... Todo seguirá igual entre nosotros.

—Todo igual, Susan...

—Todo igual...

Susan Rubin se acercó todavía más a Rom Dukey. Quedó tan cerca que sólo tuvo que adelantar la barbilla para que sus labios llegaran a los de Rom, dejando allí un beso suave, lento, tibio... Rom Dukey cerró los ojos al recibir el beso. La mano de Susan, pasando por la nuca, le produjo un escalofrío incontenible.

—Rom tengo que marcharme ahora... Me están esperando.

—¿No somos nosotros más importantes? —susurró él, acariciándola.

—Lo somos —los ojos de Susan se llenaron de luz—. Lo somos, Rom, pero no puedo quedarme ahora más tiempo. Sólo quería que supieses que... que te quiero con toda mi alma.

Lo volvió a besar, suavemente, como si temiese dañar los maltratados labios del hombre con revólver.

—¿No puedes quedarte un poco más? —solicitó él.

—No quisiera que mi padre supiese nada todavía... Y están muy cerca de aquí, Rom.

—¿Están cerca de aquí? ¿Quiénes?

—Mi padre, los Bennet, Grayson... Todos.

—No comprendo.

—Oh, ellos se han reunido para tratar sobre lo que conviene hacer. Pero han querido hacerlo donde nadie pueda verlos. Están muy asustados, Rom. Papá dice que no podremos hacer nada contra esos hombres. Han herido a Grayson, a Leo Bennet, a Burr... Les han quemado los graneros y corrales, han arrancado todas las alambradas, destrozando los sembrados. Todo está lleno de vacas, Rom... Lo están arrasando todo. Ésos..., esos hombres disparan como si les... les gustase hacer brotar la sangre. Uno de ellos, llamado Schober, ha ido pasando por todas las granjas, ofreciendo comprar las tierras, a unos precios muy bajos. Quiere echarnos Rom, para convertir todo el valle en pastos.

—Lo han hecho en otros sitios.

—¿Y han ganado... siempre?

—No. No siempre. Pero aquí ganarán. No tienen delante a nadie que pueda enfrentárseles. Ganarán.

—Mi padre... y los demás están hablando ahora de eso. No saben qué hacer, apenas tienen armas, unas cuantas escopetas. Ahora están decidiendo si deben pelear o vender sus tierras. Han sido tres días horribles, Rom.

—Bueno, no sé... A mí no me han molestado...

—Lo sabemos. Bien, tengo que marcharme ya...

Rom permaneció pensativo unos segundos.

Por fin, sin levantar la cabeza, preguntó:

—¿Quieres que te acompañe? Quizá yo pueda sugerirles algo a ellos, Susan.

—¡Oh! ¿Lo harías? ¿Lo harías, Rom?

—Claro que sí —sonrió él—. Creo que soy el único que puede ayudarlos a salir de esta situación.

—Es cierto. Pero, Rom, yo no quiero que por mí... Si lo haces por mí, Rom, debo decirte que no quisiera forzarte a nada. Por mí no debes...

—No soy rencoroso Susan, vayamos a verlos a todos. ¿Dónde te están esperando?

* * *

Estaban en una de las curvas de Big Creek, silenciosos, sentados por el suelo, a la sombra de un grupo de olmos secos. Estaban todos. Algunos de ellos mostraban los vendajes de sus heridas. Su aspecto, en general, era de vencidos, de humillados. Sus expresiones no podían ser más sombrías. Su silencio parecía subrayar el miedo que sentían todos. Se veían algunas escopetas y unos pocos revólveres de los que Rom Dukey y cualquier hombre de revólver sólo habrían utilizado para partir nueces con la culata.

Cuando Rom detuvo su caballo en el centro del grupo, hubo algún que otro suspiro mal contenido, pero nadie dijo nada. Burton Rubin, James Grayson y Charles Burr fueron quienes se adelantaron hacia ellos dos.

—Hola —saludó calmamente Rom—. Entiendo que están en algunas dificultades.

Burton Rubin se pasó la lengua por los labios.

—¿No quieres desmontar, Rom?

—Depende de lo que piensen hacer conmigo su hijo, su futuro yerno y los Bennet..., y quizá algún otro, señor Rubin.

Mike Bennet se adelantó y pareció hablar por sus hijos, que se mantuvieron en un hosco silencio.

—Fue una... cuestión personal, Rom. Son cosas que pasan a veces, comprende...

—Me basta con que no intenten repetirlo ahora.

—Desmonta. Nadie va a molestarte, Rom.

Rom no desmontó. Paseó la mirada en torno, recogiendo las ansiosas miradas de aquella docena de hombres asustados, acobardados, vencidos

antes de haberse producido una auténtica pelea. Las manos eran grandotas, y las escopetas, en ellas parecían troncos listos para el fuego. Los dos o tres que llevaban aquellas viejas pistolas ni siquiera debían saber alzar el percutor adecuadamente.

—¿Qué es lo que quieren de mí?

—Eee... Bueno, en primer lugar, hemos comprendido que cometimos una injusta equivocación contigo, Rom...

—Al grano.

—Cualquiera de nosotros, si lo deseas, te ofrecerá trabajo... Hemos pensado que si has resultado útil para las Mathers...

—Quiero que vayan al grano, señor Rubin. Si lo que quieren es que los perdone, muy bien: están perdonados. ¿Qué más?

James Grayson señaló el revólver de Rom, pasándose la lengua por los labios.

—Bueno, hemos pensado...

—Hola señor Grayson. Fui a visitarlo hace una semana, cuando llegué a Ropesville, pero... usted «no estaba» en casa.

Grayson enrojeció y ya no encontró palabras para seguir hablando. Larry Ladd ocupó su lugar.

—Rom, estamos en un apuro. Todos hemos pensado que tú podrías ayudarnos... si quisieras. Eres de los nuestros, un agricultor. Tienes un revólver y sabes cómo pelear contra esa gente. Tienes que ayudarnos. Rom. Dinos lo que tenemos que hacer... y lo haremos. Tienes perfecto derecho a negarte, a guardarnos rencor. Al fin y al cabo, tú no tienes preocupaciones, puesto que nadie te ha molestado en las tierras de las Mathers...

Rom sonrió.

—Ventajas de tener buenos amigos —dijo.

—Rom, escucha, te estamos pidiendo perdón todos a la vez...

—En una palabra, Larry: me necesitáis.

Los agricultores se miraron unos a otros. Burton Rubin tomó de nuevo la palabra:

—Te necesitamos, Rom.

—De acuerdo. Voy a ayudarles. Pasado mañana al amanecer, no quedará en todo el valle ni una sola vaca que no sea de nuestros corrales. Todo volverá a su normalidad.

Todos los agricultores que aún permanecían sentados se pusieron en pie y se acercaron a Rom y Susan, rodeándolos, sonriendo, hablando excitadamente, con esperanza.

Sonriendo Rom alzó una mano. Y cuando todos callaron, cuando todos estuvieron de nuevo pendientes de él, lanzó un jarro de agua helada:

—Eso va a costarles quinientos dólares a cada uno.

Las voces, los alientos, quedaron en suspenso. En algún rostro se plasmó la incomprensión por aquellas palabras. Se miraban unos a otros.

—¿Dices que...? ¿Qué dices, Rom? —tartamudeó Charles Burr.

—He dicho con toda claridad que mis servicios van a costarles a ustedes quinientos dólares a cada uno.

Burton Rubin enrojeció intensamente.

—¿Estás loco Rom? —clamó.

Rom Dukey perdió su sonrisa de niño feliz por el perdón de sus faltas.

—¿De qué se están extrañando? Sobre todo, usted, señor Rubin. Hace una semana me dijo que cuando necesitase un pistolero, lo contrataría, le pagaría, y en paz.

—Pero...

—¿Qué es lo que pretenden? Me han estado tratando como a un indeseable..., como a un pistolero. ¿Por qué se extrañan de que ahora les pida mis honorarios? Les hago rebaja: tarifa mínima... No mire a su hija, señor Rubin: Susan sólo ha conseguido convencerme de que es tan mezquina como todos ustedes. Supe enseguida que lo único que quería era traerme aquí, ofrecerme a ustedes como un triunfo. Ella también ha fallado: unos cuantos besos no es pago suficiente para un hombre con revólver. Estoy dispuesto a sacarlos de este apuro. En un día, todo volverá a estar igual que antes para ustedes. Pero puesto que me han tratado como a un pistolero, paguen ahora mi tarifa: Quinientos dólares por cabeza. A cambio de eso, todo solucionado. Ustedes no tendrán que hacer nada. No correrán peligro. Seré yo, la mala hierba, quien mantendrá firme en su sitio la tierra de este valle. Pueden darme su respuesta antes de las doce de esta noche, en el Royal Hotel. Voy ahora para allá. Hasta la vista.

A su alrededor todo eran rostros demudados. Una vez más, Burton Rubin tomó la voz cantante:

—Nos lo merecemos, Rom... De acuerdo: tendrás ese dinero.

—Estupendo. Pero lo quiero todo muy legal. Cada uno de ustedes extenderá un recibo, diciendo que me da esa cantidad en concepto de pago por servicios profesionales... que no se especificarán. Irán a llevarme el dinero y los recibos. Y otra cosa: quiero mis tierras.

—¿Qué... qué dices?

—Quiero mis tierras. Las tierras que fueron de mi padre y de mi madre, las tierras de los Dukey. Quiero tener en mis manos un documento conforme el cual, Sam Cranston deje bien patente que me las ha vendido, por propia voluntad, y a su entera satisfacción, por cinco mil dólares..., cantidad que yo le entregaré, en efectivo y al recibir los documentos de venta. Todo legal... Pero si tiene alguna duda, tendré mucho gusto en aclarársela.

Sam Cranston miró a Rom con expresión descompuesta.

—Usted... está abusando de su fuerza, Dukey.

—¿Acaso me concedieron la oportunidad de demostrarles que yo no era así, Cranston?

—No le venderé mis tierras.

—¿No? Bueno, allá usted. Pero si no me vende las tierras, yo no voy a aceptar ayudarles a ustedes a ningún precio. Estoy seguro de que sus compañeros van a convencerle para que venda, señor Cranston. Hasta luego...

Sonrió secamente y apartó su caballo de allí. Al ladearse, su mirada quedó fija en Susan Rubin, cuya palidez era ciertamente notable.

—Unos amables besos los tuyos, Susan. Pero ya ves que ahora son muy poca cosa para mí. Lamento que te hayas molestado tanto en una comedia que yo estaba esperando hacía días. Buenas tardes, señores. Me encontrarán en el Royal... si es que les interesa.

Definitivamente, hizo volver grupas a su caballo y se alejó, hacia Ropesville, dejando tras él un puñado de hombres que sentían la sangre como si fuese un líquido nuevo, helado; y una mujer que hubiese querido, preferido morir allí mismo antes que soportar aquella humillación.

CAPÍTULO VIII

Ni siquiera eran las nueve de la noche cuando el grupo de agricultores apareció en la oficina del *sheriff* John Browser. Llegaron en silencio, mohínos, como aturcidos. Una vez todos dentro de la oficina, Burton Rubín musitó:

—Nos dijeron en el Royal que habías dejado recado de que te encontraríamos aquí, Rom.

—¿Traen el dinero?

—Sí.

Rom Dukey miró entonces a Sam Cranston.

—¿Qué hay de mis tierras, Cranston?

Éste inclinó la cabeza.

—Lo arreglamos. Se las vendo, Dukey. Con el dinero compraré a ellos algunas parcelas para...

—Eso no me interesa —cortó fríamente Rom—. Déjeme ver el documento de propiedad.

Cranston lo sacó de un bolsillo y lo tendió a Rom. Éste comprobó la explicación del traspaso, al dorso, así como la firma de Cranston y las de Rubín y Grayson como testigos de la legalidad de la venta.

—Está bien —aceptó Rom—. ¿Quiere firmar usted también, Browser?

El representante de la ley miró fijamente al hombre con revólver.

—¿No crees que es una lección demasiado dura para ellos Rom?

—Es la lección que se han estado mereciendo. Y más, después de lo que usted me ha contado.

Charles Burr miró, inquieto, a Browser, rápidamente.

—¿Qué le ha contado, Browser?

—¿Qué había de contarle? Que ustedes vinieron a exigirme que echase a esa gente del valle y que cuando quise nombrar ayudantes dijeron que era cosa mía. No soy un héroe, ni un suicida. En casos como el actual, el representante de la ley tiene derecho a solicitar la colaboración del pueblo, y ustedes querían que fuese yo sólo a enfrentarme con no menos de media

docena de pistoleros, lo cual era tanto como pedirme que fuese a morir estúpidamente. Si me hubiesen apoyado de acuerdo a...

—Ya está bien —masculló Burr—: acabemos esto.

—Desde luego, desde luego —Browser firmó también como testigo en el traspaso de las tierras, y tendió el documento a Rom—. Y ahora, Rom, quiero ver cómo pagas esos cinco mil dólares.

—Enseguida —Rom tendió su mano izquierda—. Señores: quinientos dólares por barba.

Uno tras otro; el grupo de hombres fue pagando la cantidad exigida en concepto de honorarios por el hombre con revólver. A cada fajo de billetes acompañaba un papel firmado por los respectivos donantes, justificando aquel pago.

Cuando tuvo todo el dinero, Rom contó cinco mil dólares y los entregó a Sam Cranston. El resto, se lo guardó.

—Listo —dijo.

El *sheriff* suspiró.

—Podrían haberse ahorrado todo esto si me hubiesen aceptado las placas que les ofrecía cuando...

—Está bien, está bien —farfulló Grayson—. Somos unos cobardes, de acuerdo. Pero hemos pagado por serlo, ¿no es así? Ahora le toca a Rom cumplir su parte.

—Allá voy —sonrió Rom, tocándose el revólver—. Pero antes, quiero decirles algo. No son cobardes, sino demasiado pacíficos. Y ese pacifismo les coloca en inferioridad de condiciones con respecto a esos pistoleros de Phil Schober. Ustedes me han estado llamando «ese hombre con revólver» casi como un insulto. Espero que ahora hayan comprendido que el revólver es a veces tan útil como la azada. Sólo hay que saber cuándo es necesaria una herramienta u otra. Todos cometemos errores. Yo cometí uno mayor que ustedes al marcharme de aquí. En cierto modo, fue también cobardía... Por eso les comprendo. No les guardo rencor precisamente por eso, porque les comprendo. Pero yo recibí una lección, la de la muerte de mis padres durante mi ausencia. Ustedes han recibido ésta. Procuremos todos que las lecciones sean provechosas. Y para lo sucesivo procuren ser ustedes también «ese hombre con revólver», y así jamás necesitarán a nadie. Yo puedo enseñarles —se tocó el revólver— a usar esta herramienta... Lo cual no querrá decir, forzosamente, que tengamos que estar matándonos unos a otros a cada oportunidad mínima.

—Está bien, Rom —musitó Rubin—; nosotros también te comprendemos a ti. Pero por el momento, somos incapaces de enfrentarnos a esos hombres.

—Yo les enseñaré, para la próxima vez. Aprendan lo que yo les diga, y ninguna manada más arrasará sus sembrados.

—Es tarde ya para eso...

—No es tarde. Y vamos a empezar ahora mismo. Voy a demostrarles que pueden defenderse, por lo menos. Salgan a la calle, reúnan a todos los vecinos que tengan armas y quédense escondidos hasta que yo les llame. Aprenderán algo. Bien: ¿qué esperan?

—¿Y esos pistoleros...?

—Yo me encargo de ellos —sonrió Rom—. En primer lugar cambiaré unas palabras con Phil Schober...

—¡Rom! —llamó alguien, en la calle—. ¡Te estoy esperando!

Phil Schober apartó sus labios de los de Julie Howard, y deslizó suavemente sus manos por los finos brazos de la hermosa mujer, que suspiró, feliz, dichosa.

—Julie —susurró el pistolero— tenemos que acabar pronto esto de Norman Rubin.

—¿Tienes celos, Phil? —rió quedamente Julie.

—Un poco —admitió Schober, también risueño.

Ella alzó los brazos, los pasó por el cuello del pistolero, y alzó los labios de nuevo.

—No seas tonto —susurró—. Le estamos engañando bien, Phil. Jamás se le ocurrirá que nosotros nos queremos, que hemos estado engañándole. Y para cuando quiera enterarse, tú lo arreglarás... a tu manera. Pero aún hemos de esperar un poco más, Phil...

Schober miraba fijamente aquellos labios que susurraban dulcemente ante los suyos. Se inclinó otra vez y cortó la voz de Julie con un beso fuerte, profundo, intenso...

Y entonces llamaron a la puerta de la casa.

Julie se estremeció y se apartó rápidamente. Los dos se miraron como sorprendidos y algo preocupados:

—Veré quién es —dijo ella.

Se levantó del sofá y salió del saloncito. Schober oyó el ruido de la puerta al abrirse y, casi inmediatamente, una voz excitada, de hombre, que reconoció enseguida como perteneciente a Norman Rubin.

Éste y Julie aparecieron en el saloncito.

—Phil —dijo Julie, con voz tensa—, Rom Dukey ha aceptado luchar a favor de los agricultores. Es hora de que vaya usted a matarlo.

Norman Rubin miraba al pistolero con el ceño fruncido.

—¿Qué hace él aquí, Julie?

Schober lo miró fríamente.

—¿Qué está pensando, Rubin? —gruñó—. ¿Le parece extraño que la señorita Howard y yo nos entrevistemos?

Norman parpadeó.

—Bueno...

—Vamos, déjese de tonterías y diga de qué se trata. ¿Qué es lo que está ocurriendo?

—Rom Dukey está ahora con mi padre y los demás en la oficina del *sheriff*. Ha aceptado pelear contra nosotros..., y contra usted y sus hombres quiero decir, Schober.

—Vaya... Le han convencido, ¿eh?

—¡Convencido! —bufó Norman—. ¡Cada uno de nosotros ha tenido que pagarle quinientos dólares!

Phil Schober lanzó una carcajada.

—¡Buen negocio para Rom! A eso le llamo yo cobrar un bonito sueldo, señorita Howard, y no lo que usted me paga a mí. Siempre supe que Rom era un muchacho inteligente... ¿No le van a echar de menos a usted sus amigos, Rubin?

—Eso es cuenta mía. Salga a matar a Rom Dukey, que es cuenta suya.

Schober suspiró, desalentado.

—Sí... Tendré que matar a Rom... Lástima. De veras que preferiría no tener que hacerlo...

—¡Ya basta de tonterías, Schober! —casi gritó Norman, que estaba muy excitado, nervioso—. ¡Salga a matarlo y acabemos! En cuanto él caiga, todo empezará a resolverse definitivamente a favor de Julie. Habrá muchos que se acobardarán lo bastante para vender sus tierras y marcharse. Sé muy bien que Rom Dukey es la última esperanza de mis... vecinos. Si él muere, ni siquiera se les ocurrirá ir a Lubbock a contratar más pistoleros. Están asustados, es el momento de remachar el asunto.

Julie Howard miró fijamente a Schober.

—Norman tiene razón, Phil.

El pistolero se puso en pie.

—Muy bien, señorita Howard: iré a matar a Rom. Pero insisto en que lo siento de veras.

Repasó la carga del revólver, hizo girar el cilindro, y enfundó de nuevo el arma. Tomó su sombrero y se dirigió a la salida del saloncito.

—Hasta ahora —se despidió.

Salió a la calle, fue al saloon donde sabía que estaban sus hombres, y les hizo una seña, Luego caminó hacia la oficina del *sheriff*, se detuvo frente a ella, en el centro de la calzada, y llamó con fuerza:

—¡Rom! ¡Te estoy esperando!

Rom sonrió y acabó su frase:

—... Que por cierto parece que también tiene algo que decirme.

—Te está buscando él a ti. Rom —musitó Browser.

—Evidentemente. Bien, ustedes márchense ahora, y, si se atreven a probar hagan lo que yo les he dicho.

Hubo un retroceso general hacia el interior de la oficina.

—Rom, ese hombre..., Schober..., está ahí afuera.

—No se va a meter con ustedes: no tendría gracia, Salgan, les garantizo que Schober no les va a molestar.

No muy seguros, los agricultores salieron de la oficina y desaparecieron de allí a toda prisa. Phil Schober los miraba salir, tranquilo. Él también sabía a qué atenerse con respecto a Rom.

Éste miró a Browser, que había tomado un rifle del armero y estaba en actitud de espera.

—Muy bien, Browser, ya sabe lo que tiene que hacer con el documento de propiedad de mis tierras si Schober me mata.

—De acuerdo, Rom. ¿Vas a salir ya?

—Dentro de un minuto.

CAPÍTULO IX

Cuando salió al porche había pasado más de un minuto. Y Phil Schober continuaba allí delante, inmóvil, como un paciente perro de presa.

Rom bajó a la calzada y fue caminando en diagonal, mientras Schober iba girando muy lentamente, siempre dándole frente. Por fin, Rom se detuvo, quedando a una distancia de apenas ocho yardas de Phil Schober.

—Rom —dijo éste—, ¿es cierto que te has contratado para pelear contra mí?

—No contra ti personalmente, Phil.

—Comprendo... Pero trabajas para los agricultores, ¿no es así?

—Es así, Phil.

—Bueno —suspiró Schober—. Tú ya lo sabes, Rom, tengo que matarte —sonrió—. O, por lo menos, intentarlo.

—Precisamente Phil, yo me disponía a ir en tu busca...

—Te creo.

—Supongo, que no podemos arreglar las cosas de otra manera...

—Tú sabes que no, Rom. ¿Te pagaron ya?

—Claro.

—Entonces, tanto tú como yo no podemos ya hacer otra cosa distinta de la que todos están esperando.

—Lo siento, Phil.

—Yo también, de veras. Pero éste es nuestro trabajo, ¿no?

—Tanto si gano como si pierdo, serán mi último trabajo en esto, Phil.

—Bien. Pues te deseo... suerte.

—Igualmente, Phil. ¿Ya?

—¡Ya!

Dos hombres.

Dos revólveres frente a frente.

Dos manos rápidas, dos corazones entrenados para soportar la impresión, para contener el miedo, para dominar los nervios...

Los dos revólveres salieron casi a la vez de las fundas. Hubo una levísima diferencia entre la velocidad de la mano de Phil Schober y la de Rom Dukey.

La levísima diferencia que siempre separa a un pistolero de otro, a una mano de otra, a un revólver de otro revólver... La levísima diferencia que puede significar la vida o la muerte.

Sólo eso.

Rom Dukey tuvo más suerte.

Más suerte, simplemente, eso fue todo.

Disparó ladeándose hacia la derecha, apoyando todo el peso del cuerpo en aquella pierna, que no estaba herida. Disparó una sola vez, sin intentar nada más, porque sabía que aquella pelea tenía que solucionarse a un solo disparo. Ninguno de los dos era de los que fallan aquel disparo a tan corta distancia. Sólo una bala sería necesaria para matar o morir: el que fallase el primer disparo sería el muerto, porque el otro no podía fallar jamás.

Falló Phil Schober.

La bala de Rom le acertó en el centro del pecho, y lo empujó con la furia de un vendaval. Schober saltó hacia atrás, efectuó medio giro, y cayó de costado sobre el polvo, todavía empuñando el revólver, cuya única bala disparada se había clavado muy cerca de sus pies una pequeñísima fracción de tiempo antes de recibir la bala de Rom en el pecho.

Apenas había tocado Phil Schober el polvo, cuando cinco hombres saltaron a la calzada, encarándose a Rom Dukey. Pero simultáneamente, no menos de cuarenta hombres, armados con viejos pistolones y escopetas descalibradas aparecieron en ambas aceras apuntando a aquellos hombres, que se inmovilizaron en el acto. Sabían que ninguno podía escapar a la descarga, aunque matasen a Rom Dukey. O, precisamente, si se atrevían a matarlo.

Por su parte, Rom se acercó a Schober.

Éste yacía de costado, estremecido por el frío de la muerte, pero todavía vivo y lúcido. Su mano derecha se crispaba en torno a la culata de su revólver.

Rom hincó una rodilla en el polvo, junto a su antiguo amigo.

—Phil.

—Está..., está bien, Rom... Ganaste, eso es... todo...

—Lo siento.

—No seas estúpido... Tú o yo, Rom...

—Sé que lo comprendes, Phil.

—Claro que lo..., lo comprendo...

Una voz femenina se elevó de pronto, angustiada, llegando a todos los rincones de la calle Principal de Ropesville:

—¡Phil!

Julie Howard apareció corriendo, por la esquina a cuya vuelta tenía su casa. Parecía volar hacia allí, alzando sus faldas. Llegó jadeante, pálida como una muerta, y se dejó caer de rodillas junto al pistolero moribundo.

—¡Phil...! ¡Phil, amor mío...!

—Tranquila..., Julie: he... encontrado un hombre más... rápido que yo. Tenía... que pasar alguna... vez...

—¡Phil, no vas a morirte, no puedes morirte!

El pistolero ladeó la cabeza hacia Rom Dukey.

—Díselo; Rom... Dile que sí... voy a... a morir...

—¡No! —gimió Julie Howard, acariciando frenéticamente el rostro del pistolero—. ¡No, Phil, no...! ¡Tienes que vivir, tienes que vivir para mí, por mí, por ti...!

Phil, mi vida no...; no te mueras... ¡No te mueras! ¡Te quiero! ¡Te quiero Phil...!

—¡Perra miserable!

La voz sonó inmediatamente detrás de Julie Howard, crispada, temblorosa de ira, de furia.

Rom, Schober y Julie miraron hacia allí.

Norman Rubin temblando violentamente, sostenía en sus manos la escopeta que había estado llevando de un lado a otro durante toda la tarde de aquel día decisivo. Y la escopeta apuntaba directamente al pecho de Julie Howard.

—Norman —susurró serenamente Rom—, no seas loco. Deja eso... Acepta las cosas...

—¡Me has estado engañando! —Norman sólo tenía ojos para Julie Howard—. ¡Tú y ese pistolero me habéis estado engañando! ¡Te voy a matar como a una perra asquerosa que eres...!

El estampido del revólver sorprendió incluso a Rom Dukey. Un manchón de sangre apareció enseguida en el pecho de Norman Rubin, al mismo tiempo que la mano de Phil Schober volvía a caer lánguidamente sobre el polvo, esta vez sin crispaciones, soltando el humeante revólver con el que acababa de salvar la vida a la mujer que amaba.

Norman Rubin retrocedió dos pasos, bruscamente, soltando la escopeta, pero no cayó. Se llevó las manos al pecho y de súbito se le mancharon de sangre. Las alzó hasta sus ojos y las miró como un niño asombrado,

asustado... Sus ojos se iban abriendo más y más y su boca se movió como si intentase decir algo.

De pronto, sus rodillas se doblaron y forzaron un giro. Y casi cayó de bruces, con los ojos y la boca muy abiertos.

—Phil..., Phil...

La voz de Julie Howard era tenue, temblorosa, mientras sus manos acariciaban las facciones súbitamente rígidas de Phil Schober.

Rom cerró los ojos del pistolero.

—Ha muerto —dijo.

—Lo sé, lo sé...

Burton Rubin y algunos más habían llegado allí, corriendo, y Rubin estaba incorporando a su hijo, sin un sollozo, sin una sola protesta.

Rom preguntó a Julie:

—¿Quiere que lleve a Phil a la funeraria o a su casa, señorita Howard?

—A... a mi casa..., Gracias...

Rom alzó a Schober en brazos, y, con Julie a su lado, se dirigió hacia la casa de ésta.

Cuando regresó a la calle Principal, los cinco pistoleros de Phil Schober no se veían ya allí. Rubin había colocado el cadáver de su hijo en un carro y ya se disponía a regresar a su casa. Susan estaba junto a él, en el pescante, con la cara llena de lágrimas.

Rom miró a uno y otra, apesadumbrado.

—No crea que me cebo en usted, señor Rubin, ni que disfruto con esto, pero aún le quedaba por encajar otro golpe; su hijo estaba de acuerdo con Schober y Julie Howard. Me lo acaba de contar ella: es la dueña de la manada. Si ustedes lo desean, me ha dicho que mañana, después del entierro de Schober, antes de marcharse de aquí con sus vacas, sus vaqueros y sus pistoleros, les dará toda las explicaciones que quieran. Parte de culpa de todo esto la ha tenido ella, pero con la muerte de Schober ha tenido castigo más que suficiente. Además, pagará los daños que ha ocasionado, antes de marcharse, en busca de un lugar más apropiado para su ganado. En cuanto a mí como supongo que ya han aprendido todos una buena lección sólo puedo decirles que les devolveré su dinero. Pero no mis tierras. Tengo tres mil quinientos dólares míos, que pagaré al señor Cranston. Los otros mil quinientos dólares...

—Los pagaremos nosotros, Rom —musitó Burton Rubin—: acéptalo como prueba del reconocimiento de nuestro error al tratarte como no merecías.

—Gracias por sus palabras, señor Rubin. Pero, tarde lo que tarde, les devolveré esos mil quinientos dólares.

—Será como tú quieras.

Burton Rubín movió las riendas, y los caballos dieron un tirón del carro.

Cuando éste ya desaparecía en la oscuridad del extremo de la calle, rodeado de algunos hombres a caballo, el resto de los agricultores rodearon a Rom Dukey.

—¿Qué hacemos ahora, Rom? ¿Vamos a echar el ganado del valle?

Rom paseó una fría mirada a su alrededor.

—¿Qué les pasa? ¿Encontraron su valor? ¿Ya quieren pelear? Márchense a sus casas: el ganado se irá mañana, no se preocupen. Váyanse y guarden las armas hasta que realmente las vuelvan a necesitar. De no hacerlo así, se exponen a que cada uno de ustedes sea llamado, despectivamente, con rencor incluso, «ese hombre con revólver».

Fue en busca de su caballo. Cuando ya estaba montado vio a John Browser, en la acera, mirándolo fijamente. Al saberse mirado, el representante de la ley se tocó el ala del sombrero con dos dedos:

—Cumpliste tu palabra, Rom: me ayudaste. Me pregunto qué habría pasado aquí si no estás tú. ¿Nos seguiremos viendo?

Rom sonrió débilmente.

—Hasta que a usted o a mí nos lleven a Boot Hill, Browser, nadie me hará marchar ya, jamás, de Ropesville. Adiós.

—Adiós, Rom.

EPILOGO

Dolly no se dejó ver en el porche hasta que él hubo desmontado. Entonces apareció a la luz de la luna en el borde del porche.

—Rom —musitó—. ¡Rom, has vuelto!

Corrió hacia él y se abrazó fuertemente a su cintura, pegando su cara al pecho masculino, hasta que Rom la apartó un poco y le alzó la barbilla.

—Este abrazo, Dolly..., ¿tiene algún significado especial?

—Te quiero, Rom... Te quiero, te quiero, te quiero, te quie...

No pudo acabar de decirlo otra vez, porque Rom la besó en los labios, profundamente, ansiosamente. Y mientras el beso se prolongaba, y notaba el corazón de Dolly latiendo contra su propio pecho y acariciaba aquel cuerpo esbelto y tierno. Rom Dukey pensaba que, efectivamente, jamás nadie conseguiría ya arrancarlo de allí, y que...

—Lleváis así más de un minuto —dijo la voz de la señora Mathers—: os vais a quedar sin respiración.

Rom y Dolly tenían todavía la suficiente para respingar al separarse, sorprendidos en su beso por la mujer. Rom rodeó la cintura de la muchacha y se acercó más al porche.

—Señora Mathers; tengo ya mi propia hacienda, todo el asunto del valle está solucionado, la ley no tiene nada contra mí y quiero a Dolly... ¿Qué tiene que decir a todo esto?

Dorothy Mathers se mordió los labios para que ninguno de los dos viese su sonrisa.

En cambio permitió que viesen su ceño fruncido al contestar:

—¿Qué tengo que decir a todo esto? Que la «bazofia» te está esperando ya hace horas..., hijo mío...

FIN